

12007

ALEJANDRO DUMAS (PADRE)

EL VIZCONDE DE BRAGELONE

(Tercera parte de LOS TRES MOSQUETEROS)

Melodrama en siete actos

E. G. Soler

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

EL VIZCONDE DE BRAGELONE

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

EL VIZCONDE DE BRAGELONE

(Tercera parte de LOS TRES MOSQUETEROS)

MELODRAMA EN SIETE ACTOS,
BASADO EN LA FAMOSA NOVELA DE

ALEJANDRO DUMAS (padre)

Y ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA POR

EMILIO GRAELLS SOLER



BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbará, 15.

1916

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LUISA DE LA VALLIÈRE.	Srta. Caparó,
LA PRINCESA ENRIQUETA.	» Guitart.
AURA DE MONTALAIS.	» Nugué.
ATHENAIDA TONNAY-CHARENTE.	Sra. Gassó.
SEÑORA DE SAINT REMY.	» Vitales.
ARTAGNAN.	Sr. Parreño (F. G.)
LUIS XIV.	» Perelló.
ATHOS.	» Carnicero.
RAUL DE BRAGELONE.	» Rodríguez de la Vega.
CARDENAL MAZARINO.	» Castells.
ARAMIS.	» Furquet.
PORTHOS.	» Guillemany.
CARLOS DE INGLATERRA.	» Furquet.
FOUQUET.	» Casanovas.
COLBERT.	» Castells.
EL PRÍNCIPE.	» Parreño (J. G.)
DUQUE DE LORENA.	» Furquet.
MÁLICORNE.	» Rubio.
CONDE DE GUICHE.	» Casanovas.
EL MAYORDOMO.	» Miret.
GRIMAUD.	» Alonso.
DOCTOR.	» Soler.

*Damas de honor, caballeros, mosqueteros, músicos,
pajes, etc.*



ACTO PRIMERO

Sala rica : balcón al foro y puertas laterales. Un armario grande : mesa .
recado de escribir, etc.

ESCENA PRIMERA

AURA y MALICORNE.

Al levantarse el telón figura que Malicorne quiere coger a Aura que se ampara en la mesa.

AURA Vamos, estaos quieto, señor Malicorne.
¿Es hora ya de que hablemos en razón?

MALICO. No creáis que es tan fácil, señorita Aura, hacer lo que uno quiere cuando no puede hacerse todo lo que uno desea.

AURA ¡ Bueno ! ¡ ya vuelve a su fraseología !

MALICO. ¿ Yo ?

AURA Sí, vos : vamos, amigo Malicorne, dejad a un lado esa lógica de procurador.

MALICO, También eso es imposible : soy pasante, señorita de Montalais.

AURA Ya lo sé ; por esto en todo sólo procuráis... *para vos.*

MALICO. ¿ Para mí, ingrata ?

AURA ¿ Pues para quién, sino ? Hace quince días que al saber que la reina madre y el cardenal Mazarino habían determinado casar al rey, os pedí que procuraseis alcanzar para mí un nombramiento de dama de honor de la que muy pronto será nuestra

668455

~~610019~~

- reina, y vos, ¡ como si tal cosa ! Con esa calma de canónigo.
- MALICO. ¿ Pero qué influencia queréis que tenga yo con el rey sino soy más que un pobre pasante de procurador ? Si se casase su hermano, entonces sí, porque el conde de Guiche, su favorito, me aprecia mucho.
- AURA. Pues yo quiero ir a París ; quiero vivir entre el bullicio de la corte y no aquí, donde no hay más que soledad y tristeza. Así, pues, si no alcanzáis el nombramiento que os pido, os aborreceré.
- MALICO. No os creo.
- AURA. ¿ Por qué ?
- MALICO. Porque en un año que hace que os conozco me lo habéis dicho muchas veces, y cuanto más me lo decís, más me queréis.
- AURA. Señor Malicorne, sois un impertinente.
- MALICO. Señorita de Montalais, ya lo sé ; pero no os enfadéis así, pues cuando regañáis os ponéis muy fea.
- AURA. ¡ Ah ! ¡ Sois un estúpido, y si yo fuese hombre !...
- MALICO. ¿ Qué me haríais ?
- AURA. Os ahogaría.
- MALICO. ¡ Bravo ! ¡ bravo ! ¡ Esto va bien ! Me parece que ya me queréis un poquito más. Con otra disputa como esta, enloquecéis por mí.
- AURA. ¡ Esto más ! Señor de Malicorne, sois un fatuo.
- MALICO. ¡ Favor que me hacéis, señorita de Montalais !
- AURA. Y no os daré a besar más mi mano hasta que me presentéis el nombramiento para poder vivir en Palacio.
- MALICO. ¡ Pero si esto no es posible, ingrata mía ! Cuando se case el hermano del rey, entonces...
- AURA. ¿ Pues me juráis que cuando llegue ese caso seré dama de honor de la princesa ?
- MALICO. Lo juro.

- AURA Pues besad. (Dándole la mano con gravedad cómica.)
- MALICO. ¡Qué dulce! ¡qué rica!... (Besándola.)
- AURA ¡Ah! Quiero también otro nombramiento para mi amiga Luisa de la Vallière, y en pago, besad otra vez.
- MALICO. ¡Oh! ¡Divina! ¿No queréis más nombramientos? ¡Porque a este precio nombro dama de honor hasta a mi abuela!
- AURA ¡Silencio! Alguien viene... ¡Ah! ¡Es Luisa!... Venid, venid, que quiero sorprenderla. (Escóndese segunda derecha.)

ESCENA II

Dichos y LUISA, por primera derecha.

- LUISA ¡Ah! Aquí por fin podré escribir. (Se sienta en el sillón y escribe dos palabras y se queda pensativa con el codo encima la mesa y la cabeza apoyada en la mano. Después de una pausa sale Aura y, de puntillas, se acerca a Luisa, mirando por encima de ella lo que ha escrito.)
- AURA (A Malicorne.) ¡Chist! ¡Sin ruido!
- MALICO. ¿Pero qué hago yo aquí?
- AURA Aguardar.
- MALICO. Pero...
- AURA Tomad. (Alargándole la mano.)
- MALICO. Así bueno. (Besándose.) ¡Ay, qué rica! ¡qué rica!
- AURA ¡Chist! callad.
- MALICO. ¡Mutis, *mutorum!* ¡*Escondimini, escondimnorum!* (Desaparece por la segunda derecha, mientras Aura se acerca a Luisa, sin hacer ruido.)
- AURA ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!
- LUISA ¡Ay! (Asustada, cogiendo el papel.)
- AURA ¡No os asustéis! ¡soy yo! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!
- LUISA ¡Siempre seréis locá! ¿De qué os reís?
- AURA ¿De qué? De que hace un cuarto de hora que os halláis con la pluma en la mano sin haber escrito más que estas palabras:

«Caballero Raul». Yo en vuestro lugar, pondría «mi querido Raul».

LUISA
AURA

¡ Ah ! ¡ eso no !...

¡ No os sonrojéis por tan poca cosa ! ¡ Pa-
recéis una colegiala ! Vamos, escribid y
dejad hablar a vuestro corazón. (Mientras
Luisa escribe, Aura va leyendo.) «Caballero Raul :
decís que pensáis en mí ; os doy por ello
las gracias de todo corazón, pero eso no
puede sorprenderme, que sé las muchas
veces que nuestros corazones han latido
al lado uno de otro.» Muy bien, Luisa,
muy bien ; me gusta. ¿ Pero qué ruido es
ese ? (Yendo al balcón, pues figura oírse el galopar de
un caballo que se para frente la casa.) ¡ Calle !
¡ Qué gallardo caballero !

LUISA
AURA

(En el balcón.) ¡ Oh ! ¡ Es Raul ! (Retirándose.)
Vamos, no se dirá que no es un amante
discreto, y que sabe llegar muy a tiempo.

LUISA
AURA

¡ Retiraos, retiraos, por Dios !

¡ Bah ! ¡ Si no me conoce ! ¡ Y a qué ven-
drá por aquí ese gallardo mozo ! ¡ Oh ! yo
lo sabré. (Vase primera derecha.)

LUISA

¡ Aura ! ¡ Aura ! ¿ Qué vais a hacer ?...
¡ Siempre la misma ! ¡ loca como ella sola !
¿ Y a qué vendrá Raul a este palacio ? Pues
si viniese a ver a su padre, el conde de
la Fere, no se hubiera detenido aquí sino
en las afueras de la población. Pero aho-
ra que me recuerdo : el conde de la Fere
ha venido a visitar a monseñor el duque
de Orleans y hace poco aun se hallaba en
su cámara. Lo habrá sabido Raul. ¡ Pero
alguien viene !... ¡ Será Aura ! Sí, ella es...
mas no llega sola... ¡ Ah ! ¡ El ! ¡ Raul !

ESCENA III

LUISA, AURA y RAUL

AURA
RAUL

Aquí la tenéis.

¡ Ah ! ¡ Luisa !... ¡ Señorita ! (Deteniéndose al
acordarse que está Aura.)

AURA ¡ No, no, por mí no os contengáis ! Ya me volveré de espaldas.

LUISA ¡ Ah, Montalais ! ¡ Montalais ! Es un pecado muy grande engañarme de esta manera.

AURA ¿ Pues qué ? ¿ os he engañado ?

LUISA Sí, porque digisteis que ibais a saber noticias, y lo que habéis hecho es subir a este caballero.

AURA Y preciso era que así fuese. ¿ Cómo hubiera recibido, sino, la carta que le estábais escribiendo ? (Señalando la que aun está encima la mesa : Raul va a cogerla pero Luisa le detiene, mientras Aura se la esconde en el pecho.)

RAUL ¡ Ah ! (Queriendo cogerla.)

LUISA ¡ No ! (Deteniéndole.)

AURA (Doblándola y guardándola en el pecho.) No temáis, Luisa, que no vendrá a cogerla aquí este caballero, y ahora, Luisa, presentadme al señor vizconde de Bragelone.

LUISA Señor vizconde, tengo el honor de presentaros a la señorita de Montalais, doncella de honor de su alteza real la duquesa de Orleans, y, a más, mi verdadera amiga.

RAUL (Después de saludar.) ¿ Y a mí, Luisa, no me presentáis también a esta señorita ?

LUISA ¡ Si ya os conoce !... ¡ Lo sabe todo !

RAUL ¡ Ah ! (Con alegría.)

AURA ¡ Todo, señor vizconde ! Y ahora, sentaos en este sillón y decidnos prontito la noticia que habéis traído con tanta prisa.

RAUL No es cosa reservada, señorita. El rey, que se dirige a Poitiers, piensa detenerse aquí para visitar a su tío el duque de Orleans.

AURA (Saltando y dando palmada de alegría.) ¡ El Rey aquí !... ¡ Vamos a ver la corte !... ¿ Lo habéis entendido, Luisa ?... ¡ La verdadera corte de París ! ¿ Y cuándo, caballero, cuándo ?

RAUL Quizá dentro de un cuarto de hora.

AURA ¡ Ah ! ¡ Dios mío ! ¡ Sin tiempo para com-

ponernos, ni arreglar un vestido ! Nos van a encontrar ridículas.

LUISA

¿Quién?

AURA

¡Quién ha de ser ! ¡vaya una pregunta !
¡ Todo el mundo ! ¡ los cortesanos ! ¡ los señores ! ¡ el Rey !... ¡ Esto es horrible !

RAUL

No os desesperéis, señorita.

AURA

¡ Pues bien ! así como así, tanto peor para los que no me encuentren a su gusto.

RAUL

¡ Muy difíciles de contentar serían !

AURA

Gracias, señor vizconde. Pero alguien sube.

LUISA

¡ Dios mío ! ¿quién será?

AURA

Es vuestra madre, Luisa.

RAUL

¡ La señora de Saint Remy ! ¿ Dónde me oculto?

LUISA

Sí, porque si os ve... Entrad ahí. (Segunda derecha.)

AURA

(Interponiéndose.) ¡ No, aquí no ! ¡ Meteos en este armario !

RAUL

Pero...

AURA

Adentro, que está aquí. (Cerrando.) Ves, Luisa, si parece hecho de encargo para eso.

ESCENA IV

AURA, LUISA, SEÑORA DE SAINT REMY y luego MALICORNE.

REMY

¡ Ah ! ¿ Estáis aquí, Luisa?

LUISA

Sí, señora...

AURA

Sentaos, señora.

REMY

Gracias, señorita, gracias ; vámonos pronto, hija ; vamos.

LUISA

¿ Y a dónde, señora?

REMY

A tu cuarto ; tienes que vestirte.

AURA

¡ Cómo ! ¿ Para qué?

REMY

¿ Ignoras la noticia?

AURA

¿ Qué noticia han de saber, señora, dos jóvenes metidas en este palomar?

REMY

¡ Qué ! ¿ No habéis visto a nadie?

AURA A nadie, señora.
REMY ¿Pues de quién es ese sombrero? (Por el de Raul, que se lo ha dejado encima la mesa.)

AURA ¿Qué sombrero?

REMY Ese que está encima de la mesa.

LUISA Y AURA ¡Ah!

REMY Vamos a ver, ¿de quién es?

MALICO. Mío, señora. (Cogiéndolo con la mano izquierda mientras con la otra oculta el suyo detrás de la espalda.)

LUISA }
AURA } ¡Ah!

REMY ¡Un hombre aquí! ¡y escondido en vuestro cuarto! Pronto sabrá la duquesa de Orleans que una de sus doncellas de honor...

LUISA ¡Oh, madre mía! por Dios, no comprometáis...

REMY Callad, hija, callad, y no os molestéis inútilmente en interceder por quien no lo merece. Harta desgracia es que una joven honrada como vos tenga que presenciar el mal ejemplo; pero jamás consentiré que llegue a autorizarlo con su indulgencia.

AURA ¡A la verdad, no sé con qué pretexto me tratáis de esa manera? Me parece que no hago mal alguno.

REMY ¿Y ese tuno holgazán, señorita, estaba en vuestro cuarto para cosa buena?

AURA Ni buena ni mala, señora, y no veo por qué se ha de prohibir al señor Malicorne, que tenga sus miras con respecto a mí, siendo honradas esas miras.

REMY ¿Miras honradas con semejante figura?

MALICO. Os doy gracias en nombre de mi figura, señora.

REMY Venid, hija mía, venid. ¿Pero qué es esto? (Yendo al balcón.) ¡Ah! El Rey que llega.

VOCES (Dentro.) ¡Viva el Rey! ¡Vivaaa!

REMY ¡Y Ana de Austria y el cardenal Mazarino!

AURA ¡Es hermoso el Rey!

- LUISA ; Y qué gallardo ! ; Ah !!
AURA ¿ Qué tenéis, Luisa ?
LUISA El Rey me ha mirado, y...
AURA ; Estáis temblando ! ¿ Qué tenéis ?
LUISA ; Nada ! ; nada !
REMY ; Vamos, hija mía, vamos !
LUISA (¡ Qué miradá !) (Vase con su madre por la primera derecha.)
AURA (Respirando al ver que se han ido.) ¡ Ay ! ; por fin ! Señor Malicorne, os habéis portado como un hombre ; gracias.
MALICO. ¿ Nada más ?
AURA Tomad. (Alargándole la mano.)
MALICO. ¡ Ay, qué rica ! ; qué rica ! ; qué rica ! (Besándose.)
AURA ; Basta ! ; basta ! ; basta ! Y ahora vamos a sacar al pájaro de la jaula. Salid, señor vizconde.

ESCENA V

AURA, MALICORNE y RAUL.

- AURA Caballero, perdonad si os he encerrado, pero...
RAUL Al contrario, señorita, y os estoy infinitamente reconocido, asimismo como al señor...
AURA Malicorne, pasante de procurador y amigo del conde de Guiche.
RAUL ¿ Del conde de Guiche ?
AURA Sí, del conde de Guiche ; ¿ no es así, señor Malicorne ?
MALICO. ; Tanto como del conde de Guiche !... Yo soy amigo de un amigo del secretario del conde de Guiche.
RAUL ; Ah !
MALICO. Si gustáis, caballero... (Alargándole el sombrero.)
RAUL ; Ah, sí, mi sombrero !
AURA Que me ha costado una repulsa de la señora de Saint Remy.

RAUL Perdón, señorita.
MALICO. Alguien sube.
AURA ¡ Si será otra vez la vieja !
MALICO. No ; es el mayordomo del duque con los
 mosqueteros.
LUISA Y AURA ¡ Ah !

ESCENA VI

Dichos, ARTAGNAN, MAYORDOMOS y MOSQUETEROS.

MAYORDO. Estas son las habitaciones que ocupará
 su majestad.

ARTAGNAN Está bien. ¡ Qué veo ! Raul.

RAUL Caballero Artagnan. (Estrechándose las manos.)

MAYORDO. Señorita Montalais, la señora duquesa os
 llama, pues quiere presentar sus damas de
 honor a su majestad. (Vase.)

AURA ¡ Y con este traje ! ¡ Me va a encontrar ri-
 dícula !

MALICO. Mejor.

AURA Callad. Sois un imbécil, señor Malicorne.
 (Yéndose.)

MALICO. Ya lo sabía, señorita Montalais. (Vase de-
 trás de ella.)

ARTAGNAN Con que ¿ no has visto aun a tu padre,
 Raul ?

RAUL No he tenido tiempo, pero ahora mismo
 me llegaré a abrazarle.

ARTAGNAN Pues dale uno muy fuerte en nombre mío,
 y dile que si puedo iré a verle.

MAYORDO. (Saliendo primera derecha.) Señor teniente, hay
 un caballero que pide ver al Rey, y como
 vos dais guardia a su majestad... por
 esto le he hecho subir, por si creéis con-
 veniente...

ARTAGNAN Decidle que pase. Hasta la vista, Raul.

RAUL ¿ Vendréis ?

ARTAGNAN Haré lo posible.

RAUL Pues hasta luego. Pasad. (A Carlos, con quien
 se encuentra en la puerta.)

CARLOS Gracias.

ESCENA VII

CARLOS y ARTAGNAN.

ARTAGNAN ¿En qué puedo serviros, caballero?

CARLOS ¿Sois el oficial de guardia?

ARTAGNAN Tengo ese honor.

CARLOS Caballero, es de absoluta necesidad que hable al rey.

ARTAGNAN Algo difícil lo veo, pues su majestad está en la cámara del cardenal Mazarino, y hay la consigna de que no se le moleste para nada.

CARLOS Cuando sepa quien soy levantará la consigna.

ARTAGNAN Pues en tal caso, ¿a quién he de anunciar?

CARLOS A su majestad Carlos segundo, rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda.

ARTAGNAN ¡Ah! En verdad, señor, que debiera haberos conocido.

CARLOS ¿Habéis visto mi retrato?

ARTAGNAN No, señor.

CARLOS ¿Pues en dónde me habéis visto otra vez?
¿En la corte antes que me expulsasen de Francia?

ARTAGNAN No, señor, tampoco os vi en esa ocasión.

CARLOS ¿Pues cómo me podíais haber conocido entonces, si no me habéis visto, ni a mi retrato?

ARTAGNAN Señor, vi a su majestad el rey, vuestro padre, en un momento terrible.

CARLOS ¿El día de la ejecución?

ARTAGNAN Sí.

CARLOS ¡Ah! (Pasándose la mano por la frente.) ¿Acaso seríais uno de los cuatro franceses que trataban de salvarle?

ARTAGNAN Sí, señor.

CARLOS ¿Sois el conde de la Fere?

ARTAGNAN No, señor; soy su amigo, pero si deseáis verle vive cerca, a la salida de Blois. A

cualquiera que preguntéis os conducirá a su casa.

CARLOS Pues después de mi entrevista con el rey iré a verle, pues quiero darle las gracias por lo que hizo por mi padre. ¿Y ahora os dignaréis anunciarme a su majestad?

ARTAGNAN Voy a hacerlo, y poco he de poder si no logro que venga a esta estancia.

CARLOS Pues aquí espero. (Vase Artagnan primera derecha.)

ESCENA VIII

CARLOS.

¿Vendrá? ¿Se dignará atenderme? ¡ El es un rey feliz, mientras que yo !... Su ministro le atesora millones, y le procura un matrimonio ventajoso... Su madre le precede siempre en un carruaje magníficamente incrustado de oro y plata, mientras que la mía... ¡ Ah ! ¡ Dios mío ! ¡ decidme lo que debo hacer ! ¿ Qué ? ¡ Oh, sí, no hay más remedio ! Si el rey desoye mis súplicas, haré lo que hace toda mi familia : mi madre vive de la caridad pública, mi hermana pide para mi madre, pues bien, yo, que soy el primogénito, también pediré limosna para mi madre y mi hermana.

ESCENA IX

CARLOS, LUIS y ARTAGNAN, primera derecha.

ARTAGNAN Aquí le tenéis, señor.

LUIS Bien ; que nadie nos estorbe. (A Artagnan, que se retiró por donde ha entrado. Después a Carlos.) ¡ Vos aquí, hermano mío ! ¡ vos, en Blois !

CARLOS Señor, me dirigía a París con la esperan-

za de ver a vuestra majestad, cuando supe que llegabais a esta ciudad, entonces me detuve, pues tenía que hablaros particularmente.

LUIS Pues decid lo que gustéis, hermano mío; ya os escucho. (Sentándose e indicándole que se sienta.)

CARLOS (Después de sentarse.) Señor, considero excusado preguntar a vuestra majestad si conoce las circunstancias de mi deplorable historia. Arrojado por un usurpador del trono de mi padre, hoy Inglaterra no es más que un garito en donde se juega mi corona. Los dos jugadores más encarnizados son los generales Lambert y Monck, y mi mayor deseo es terciar en esa partida, puesto que se están echando suertes sobre mi manto real. Me basta un millón, señor, para comprar a uno de esos jugadores y convertirlo en aliado mío, o dadme sino doscientos hombres y los arrojaré de mi palacio de Witall-Hall, como Jesús arrojó a los mercaderes del templo.

LUIS ¿De manera que venís a pedirme?...

CARLOS Vuestro auxilio, es decir, lo que no sólo se deben los reyes entre sí, sino lo que los simples cristianos se deben unos a otros. Vuestro auxilio, señor, sea en dinero sea en hombres, para reconquistar la herencia paterna, y si lo logro, deberé más a vuestra majestad que a mi padre; ¡pobre padre mío! que tan cara pagó la ruina de nuestra casa. Considerad, señor, si seré infeliz, si estaré desesperado, cuando acuso a mi mismo padre. (Pausa. Luis, nervioso, se remueve en su sillón sin saber qué contestar.) Señor, espero, vuestra respuesta, y la espero como espera un acusado su sentencia. Decidid mi vida o mi muerte.

LUIS ¡Hermano mío, venís a mí a pedirme un millón! ¡a mí que jamás he poseído la cuarta parte de esa suma! ¡que no poseo

nada absolutamente ! Tanto soy yo rey de Francia como lo sois vos de Inglaterra. En mí no hay más que un nombre, una cifra cubierta de terciopelo flordelisado y nada más. Yo estoy en un trono visible, y esta es la única ventaja que llevo a vuestra majestad ; por lo demás, ni tengo ni puedo nada.

CARLOS
LUIS

(Admirado.) ¡ Qué decís !

(Bajando la voz.) Hermano mío ; yo he soportado miserias que no han sufrido las personas más pobres de mi servidumbre. Si estuviera aquí mi viejo Laporte os diría que he dormido en sábanas deshechas, por cuyos agujeros pasaban mis piernas ; os diría que cuando luego pedía mis coches, me traían unos carruajes roídos por los ratones de mis cocheras ; os diría, en fin, que cuando pedía la comida, iban a ver si en las cocinas del cardenal había que comer para el rey. ¿ Qué más ? Hoy día, que he llegado ya a la época de la mayor edad señalada para los reyes, hoy que debiera tener la llave del tesoro, la dirección de la política, la decisión de la paz y de la guerra, mirad en torno mío, y contemplad este abandono, este desdén, este silencio, al paso que allá abajo se prodigan los agasajos, las luces, los homenajes... Allí, hermano mío, allí está el verdadero rey de Francia.

CARLOS
LUIS
CARLOS

¿ El cardenal ?

Sí, el cardenal.

¡ Entonces estoy perdido !... sí, perdido, porque jamás iré a pedir la menor cosa al que habría dejado morir de frío y de hambre a mi madre y hermana, si el Parlamento no les hubiese dado leña y pan.

LUIS
CARLOS

¡ Morir !

Sí, como moriré yo, pues no tengo Parlamento alguno que me socorra.

- LUIS ¡¡ Ah!! (Levantándose nervioso y volviéndose para enjugarse una lágrima.)
- CARLOS ¡ Gracias, hermano mío, por haberos compadecido de mí! Es todo cuanto podía exigir de vos en el extremo en que os halláis. Adiós.
- LUIS ¡ Ah, no, no os vayáis! Decís que es un millón o doscientos hombres lo que necesitáis, ¿no es así?
- CARLOS Sí, eso.
- LUIS Pues bien, hermano mío, lo que jamás hice por mí, lo haré por vos. Iré a pedir al rey de Francia... al otro... al rico, al poderoso, ese millón o esos doscientos hombres.
- CARLOS ¡ Oh! Sois un noble amigo, y si algún día necesitáis mi vida, pedídmela. Os deberé mi salvación.
- LUIS Callad, hermano, mío, callad. Todavía no lo tenemos conseguido. Pedir dinero a Mazarino es más que atravesar el bosque encantado, cuyos árboles albergaban cada uno un demonio: ¡ es más que un mundo!
- CARLOS ¡ Sin embargo, señor, cuando vos pedís!...
- LUIS Ya os he dicho que yo no pido jamás. (Con altivez que hace palidecer a Carlos.)
- CARLOS ¡ Ah!
- LUIS Perdonadme, hermano mío, yo no tengo una madre ni una hermana que estén padeciendo. Perdonadme y decidme dónde debo mandaros la contestación de la entrevista que mañana tendré con el cardenal.
- CARLOS En la posada de...
- ARTAGNAN (Primera derecha.) Perdone vuestra majestad, pero como me ha dicho que avisase si...
- LUIS ¿Qué hay?
- ARTAGNAN Que su eminencia el cardenal se dirige hacia aquí.
- LUIS ¡ El! ¡ El extraño! ¡ Ah! Creerá tal vez que he salido de palacio para ir en busca de su sobrina que ha desterrado para ale-

jarla de mí y querrá cerciorarse por sí mismo... Pues bien, mejor, que venga : así le hablaré ahora mismo de vuestro asunto. Entrad ahí, hermano mío, y pronto sabremos a qué atenernos. Caballero Artagnan, acompañad a su majestad el rey de Inglaterra. (Vanse Carlos y Artagnan por segunda derecha.) Ahora Dios haga que me atienda. (Se presenta Mazarino, acompañado del mayordomo y de pajes con luces. A una seña de Mazarino se retiran.)

ESCENA X

LUIS y MAZARINO.

LUIS ¿Cómo es eso, señor cardenal? ¿Ocurre algo extraordinario para que así os molestéis?

MAZARINO Cuando se trata del interés de vuestra majestad y del Estado, no hay molestia alguna para vuestro fiel servidor.

LUIS ¿Pues qué ocurre

MAZARINO Que ha llegado un correo de España con esta misiva para vuestra majestad, y como os habéis retirado de la estancia de vuestros tíos...

LUIS A ver, dadme... (Cogiendo el pliego y leyendo.) Está bien ; pero con todo, creo conveniente consultarlo con mi madre : ¿no os parece, señor cardenal?

MAZARINO Lo que guste vuestra majestad. Así pues... (Dando un paso para dirigirse a la puerta.)

LUIS Un momento : pues antes tengo que hablaros de un asunto bastante interesante.

MAZARINO Señor, debiera ciertamente escuchar a vuestra majestad de pie, pero la violencia de mi enfermedad...

LUIS Dejémonos de etiquetas entre nosotros, mi querido cardenal : soy vuestro pupilo y no el rey, bien lo sabéis ; y esta noche más

- todavía, puesto que me dirijo a vos en calidad de pretendiente, y de pretendiente humilde y deseoso de ser bien acogido.
- MAZARINO Hablad, señor, pues sus deseos siempre son órdenes para mí.
- LUIS Pues bien, monseñor, hace un momento he recibido la visita de mi hermano el rey de Inglaterra.
- MAZARINO ¡Carlos segundo! ¡Habéis recibido la visita de Carlos segundo!
- LUIS (Con marcada intención.) Del rey Carlos segundo. Sí, cardenal; ese desgraciado príncipe ha concluido por enternecerme con la narración de sus infortunios, y os pido que extendáis vuestro brazo sobre su cabeza para colocarle en sus sienes la corona caída a los pies del cadalso de su padre.
- MAZARINO ¿Y qué puedo hacer yo, pobre de mí, enfermo y débil?
- LUIS No pide más que un millón para conquistar su trono.
- MAZARINO ¡Un millón!... ¡Con que un millón!... ¡Todos lo mismo!... ¡Siempre pidiendo!... ¡familia de mendigos!
- LUIS (Irguiendo la cabeza.) Cardenal, esa familia de mendigos es una rama de mi familia.
- MAZARINO ¿Y sois bastante rico para dar millones a los demás, señor? ¿Tenéis millones?
- LUIS ¡Oh! Ya sé, cardenal, que soy pobre, pero al fin la corona de Francia bien vale esa cantidad, y para hacer una buena obra, no repararía en empeñar, si necesario fuese, mi corona. Ya se encontraría algún judío que prestase sobre ella un millón.
- MAZARINO Pero hay en la hacienda un déficit de cuarenta y seis millones, y no encontraréis ningún judío en el mundo que preste una cantidad tan enorme, ni aun sobre la corona de Francia.
- LUIS ¡Ah! Con que, según eso, ¿hay absoluta imposibilidad de satisfacer mi petición de dinero, señor cardenal?

MAZARINO Sí, señor.

LUIS Pues entonces al menos dadle doscientos hombres ; con ellos se conforma mi hermano.

MAZARINO ¡ Qué decís, señor ! ¿ Sabe lo que me pide vuestra majestad ? ¡ Doscientos hombres ! ¿ Doscientos franceses para ir a luchar por Carlos segundo ? ¿ No sabéis, señor, que existe un convenio con Inglaterra que prohíbe terminantemente lo que me pedís ? Y aun que no existiera ese convenio, ¿ qué resultaría si accedieseis por fin a esa demanda ? Que la Francia, o su bandera, que es lo mismo, pasaría el estrecho y pelearía, pero para quedar completamente derrotada, pues con doscientos hombres y un general como Carlos segundo, no se conquista un trono. Creedme, señor, dejad que se cumpla el tratado y haced comprender a vuestro hermano que no puede permanecer entre nosotros, que nos compromete, o sino yo mismo...

LUIS (Levantándose.) ¡ Basta, cardenal, basta ! Que me neguéis un millón, pase, porque vuestros millones son vuestros ; que me rehuséis doscientos hombres, pase también, porque al fin sois primer ministro y tenéis a los ojos de Francia la responsabilidad de la paz y de la guerra ; pero pretender privarme, a mí, al rey, dar hospitalidad al nieto de Enrique cuarto, primo hermano mío, ¡ al compañero de mi infancia ! ahí concluye vuestro poder y empieza mi voluntad.

MAZARINO Señor, yo me inclino siempre ante la voluntad de mi rey. Conserve, pues, vuestra majestad al lado suyo, o en uno de sus palacios, al rey de Inglaterra. Sépalo Mazarino en buen hora, pero que el ministro lo ignore. Buenas noches, señor.

LUIS Buenas noches, cardenal. Me dejáis con el corazón traspasado de dolor.

MAZARINO Pero convencido, que es lo que conviene, señor. (Vase con los pajes, que a una seña suya han salido con luces, primera derecha.)

LUIS ¡ Ah ! Salid, hermano mío.

ESCENA XI

LUIS y CARLOS, segunda derecha.

CARLOS ¿ Qué hay ? ¡ Calláis ! ¡ Ah ! Hablad, señor : cualquiera que haya sido el resultado jamás olvidaré toda la bondad, todo el afecto de que os soy deudor.

LUIS ¡ Ay ! ¡ Un afecto estéril, hermano mío !

CARLOS ¡ Comprendido !... ¡ No hay esperanza !... ¡ Ah !

LUIS ¡ No desesperéis aun !... ¡ Quien sabe si !... Por el pronto quedaos conmigo ; yo os daré uno de mis palacios, el que mejor os plazca habitar. Seguiremos juntos y con la mayor atención el curso de los sucesos, y nos ocuparemos en prepararlos. ¡ Ea, hermano mío, valor !

CARLOS Gracias os doy con todo mi corazón, pero ya que he rogado sin fruto al rey más grande de la tierra, voy a pedir un milagro a Dios. (Vase primera derecha.)

LUIS Permitid al menos que os acompañe, hermano mío. (Siguiéndole primera derecha.)

ESCENA XII.

ARTAGNAN, segunda derecha, y LUIS, primera derecha.

ARTAGNAN ¡ Pobre rey ! ¡ Infeliz Carlos segundo ! Pero bien mirado no sé quien es más infeliz, si él o Luis catorce. ¡ Vaya un amo lastimoso que me he echado ! ¡ Ni generosidad ni energía ! Es más rey el otro. Al menos en Carlos segundo hay dignidad, y si re-

cobrase su trono... ¡Oh! ¡qué idea!...
¡Si yo!... ¿Por qué no? En mayores fre-
gados me he metido y... Vaya, estoy re-
suelto. Voy ahora mismo a colgar mi ca-
saca. ¡Aquí está el rey! Animo, Artagnan.

LUIS (Primera derecha.) Teniente, no quiero recibir a nadie hasta mañana.

ARTAGNAN Perdone vuestra majestad, pero desearía me concediese un momento de audiencia.

LUIS ¿Para qué?

ARTAGNAN Para pedirle mi licencia.

LUIS ¡Vuestra licencia! ¿Acaso pensáis abandonar mi servicio, caballero?

ARTAGNAN Señor, tengo que abandonarlo... me voy haciendo viejo: cuento ya treinta y cinco años de llevar el uniforme y mis pobres hombros dicen que no pueden más: es preciso dejar el puesto a los jóvenes.

LUIS Vamos, confesad que no me decís el verdadero motivo; veo que queréis dejar mi servicio, pero me ocultáis la causa que a ello os impulsa.

ARTAGNAN Creed, señor...

LUIS Yo creo lo que estoy viendo, caballero. ¡Veo un hombre enérgico, vigoroso! ¿Es que no os agrada mi servicio? Dejaos de rodeos y responded franca y categóricamente, pues así lo exijo.

ARTAGNAN ¡Oh, señor! esto ya es otra cosa. A una pregunta hecha con tanta franqueza responderé también de igual manera. Diré pues la verdad a mi rey, suplicándole al mismo tiempo que perdone la rudeza de un antiguo soldado.

LUIS Pues hablad, porque estoy impaciente por saber las verdades que tenéis que decirme.

ARTAGNAN Señor, me separo del servicio del rey porque estoy descontento, sí, descontento. Pronto hará treinta y cinco años que sirvo a la casa de Francia, y ¿qué he sacado en cambio? Sólo un nombramiento de capitán de mosqueteros.

LUIS ¡ Capitán ! Teniente querréis decir.

ARTAGNAN Dispensad, señor, pero el cardenal Mazarino me nombró capitán de mosqueteros ; nombramiento que yo rompí por ser demasiado noble y generoso, y hasta hoy...

LUIS ¿ Y es por eso por lo que estáis descontento ? Pues bien, yo me informaré y os juro que más adelante...

ARTAGNAN ¡ Oh, señor, qué palabra !... ¡ Más adelante ! Treinta años hace que me alimento de esa palabra llena de bondad, que ha sido pronunciada por tantos y tan elevados personajes, y que vuestra boca viene ahora a pronunciar a su vez. ¡ Más adelante ! Señor, aun cuando viera sobre esa mesa el bastón de mariscal, la espada de condestable, la corona de Polonia, si me dijeran ¡ más adelante ! diría, no, ahora mismo. Perdonad, señor, soy del país de vuestro abuelo Enrique cuarto y suelo hablar pocas veces, pero cuando hablo digo lo que siento.

LUIS Se conoce que en el porvenir de mi reinado no veis muchos atractivos. (Con cierta altivez.)

ARTAGNAN ¡ Olvido, olvido en todo ! El amo ha olvidado a su servidor, y éste se ve precisado a olvidar al amo. ¡ Vivo en unos tiempos muy lamentables, señor ! Hoy, por ejemplo, abro la puerta del rey de Francia a un rey de Inglaterra, el palacio de un hermano a otro hermano, y veo, perdonad, señor, pero esto es cosa que me desgarrá el corazón, y veo que el ministro de ese rey arroja al proscrito y humilla a su señor, condenando a la miseria a otro rey, igual suyo ; y, por último, veo a mi príncipe que es joven, valiente, temblar ante un clérigo que se ríe de él negándole un millón, mientras sepulta en cofres desconocidos todo el oro de Francia. Sí, comprendo vuestra mirada, señor ; veo que

me hago osado hasta rayar en demencia, pero vos me habéis ordenado que ponga de manifiesto el fondo de mi corazón, y así derramo a los pies de vuestra majestad toda la bilis que he estado concentrando hace treinta años, como derramaría toda mi sangre si vuestra majestad me lo mandara. (Pausa.)

LUIS (Después de enjugarse el sudor de su frente.) Caballero, habéis pronunciado la palabra ¡olvido! y no he oído más que esa palabra; responderé por lo tanto a ella sola. Otros podrán haber perdido la memoria, pero yo no: y la prueba es que me acuerdo muy bien de que en un día de conmoción, en un día en que el pueblo furioso como un mar embravecido invadió el palacio real, en un día, en fin, en que fingía estar durmiendo en mi lecho, un solo hombre, oculto detrás la cabecera de mi cama y con la espada desnuda, velaba por mi vida, dispuesto a arriesgar la suya por mí, como la había ya arriesgado mil veces por los míos. Ese noble, ese valiente y leal soldado erais vos, caballero Artagnan. Ya veis, pues, que si conservo esos recuerdos de la infancia, ¿cuántos más no podré conservar en la edad de la razón?

ARTAGNAN Dios se ha mostrado liberal en dones para con vuestra majestad, señor.

LUIS En una palabra, caballero Artagnan, ¿no os sentís capaz de ser tan sufrido como yo lo soy? ¿De hacer lo que hago yo?

ARTAGNAN ¿Y qué hace vuestra majestad, señor?

LUIS Espero.

ARTAGNAN Vuestra majestad puede hacerlo porque es joven; pero yo no tengo ya tiempo para esperar. La vejez llama a mi puerta, y la muerte la va siguiendo los pasos, mirando hasta el fondo de mi casa. Vuestra majestad entra ahora en la vida, y en una vida llena de esperanza y de porve-

nir, pero yo, señor, estoy ya al otro extremo del horizonte, y nos hallamos tan lejos el uno del otro, que no tendría tiempo para esperar a que vuestra majestad llegase hasta mí.

LUIS (Con cierta sequedad.) Está bien, caballero. Deseáis la licencia, ¿no es eso? Pues la tendréis. ¿Me ofrecéis la dimisión del grado de teniente de mosqueteros?

ARTAGNAN La pongo humildemente a los pies de vuestra majestad, señor.

LUIS Basta. Daré orden para que os clasifiquen.

ARTAGNAN Quedaré sumamente obligado a vuestra majestad.

LUIS Caballero, creo que perdéis un buen amo.

ARTAGNAN Yo también lo creo, señor; por eso no entraré de aquí en adelante al servicio de ningún otro: no tendré más amo que yo mismo.

LUIS ¿De veras?

ARTAGNAN Lo juro a vuestra majestad.

LUIS ¿Pues qué vais a hacer?

ARTAGNAN ¿Qué voy a hacer? ¿Quiere saberlo vuestra majestad?

LUIS Sí.

ARTAGNAN Pues bien; ¡voy a reconquistar una corona! Voy a hacer por el rey de Inglaterra lo que no habéis querido hacer vos y el cardenal Mazarino. A los reales pies de vuestra majestad. (Saluda y vase.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Sala en palacio. puertas laterales. En el foro, un gran tapiz que, al correrse, deja ver otro salón magníficamente adornado.

ESCENA PRIMERA

AURA, EL PRÍNCIPE y MALICORNE.

PRÍNCIPE (A Malicorne.) ¿Con que, según eso, en las habitaciones de Madama, de mi esposa, todos los días hay música y fiesta?

MALICO. Monseñor, como se ensaya el baile que ha de celebrarse en Fontainebleau...

PRÍNCIPE ¡Sí, se divierten, mientras yo me aburro en mi cámara! ¡Todos huyen de mí! ¡ todos me abandonan!... ¡ hasta el duque de Lorena!... ¿Dónde esta Lorena?

MALICO. Se ignora, monseñor.

PRÍNCIPE Siempre la misma respuesta... Al primero que me conteste otra vez no sé, lo despido de mi servidumbre. Id a buscar a Lorena en donde esté.

MALICO. Está bien, monseñor. (Vase primera derecha.)

PRÍNCIPE (A Aura.) Y Vos, señorita, participad a mi esposa que la espero para comer. (Vase Aura por el foro.) ¡ El baile! ¡ El baile! ¡ Y para esto necesita mi esposa rodearse de mis servidores! El conde de Guiche aquí, a sus pies, mientras yo...

- AURA (Foro.) Monseñor, su alteza dice que se encuentra indispuéstâ y que comerá sola.
- PRÍNCIPE Está bien. (Vase Aura por el foro.) ¡Sola! ¡Indispuéstâ! ¡Pretextos para no verme! ¡Como les he interrumpido la fiesta!... ¡Oh! ¡Yo necesito romper algo! (Paseándose nervioso.)
- MALICO. (Primera derecha.) Aquí está el señor duque de Lorena. (Después que sale Lorena, vase Malicorne.)
- PRÍNCIPE ¡Ah! ¡por fin se os vé, señor desertor! ¿Por qué te has marchado? Habla: quiero saber el motivo de tu ausencia.

ESCENA II.

PRÍNCIPE y LORENA.

- LORENA Pues bien, os lo diré; pero os ruego que no lo toméis a mal.
- PRÍNCIPE Habla.
- LORENA He visto que incomodaba.
- PRÍNCIPE ¿A quién?
- LORENA A Madama.
- PRÍNCIPE ¿A mi esposa? ¿Te lo ha manifestado alguna vez?
- LORENA Monseñor, Madama no me dirige nunca la palabra, especialmente de algunos días a esta parte.
- PRÍNCIPE ¿Desde cuándo?
- LORENA Desde que recibe a todas horas al conde de Guiche, el cual ha acertado a agrada-la más que yo.
- PRÍNCIPE Si por eso os habéis ausentado, debéis ser en extremo celoso.
- LORENA Preciso es que uno sea celoso cuando ama, monseñor; ¿no lo es acaso vuestra alteza respecto de Madama? Si vuestra alteza viese alguien continuamente al lado de su esposa, y le viese recibido con favor, ¿no concibiría alguna inquietud? Pues uno

ama a sus amigos como a sus amores, y vuestra alteza real me ha hecho algunas veces el honor de llamarme amigo suyo.

PRÍNCIPE

Sí, sí, pero habéis dicho una palabra...

LORENA

¡Yo, monseñor!... ¿Qué palabra?

PRÍNCIPE

Habéis dicho : «recibido con favor»... ¿qué entendéis por eso, caballero?

LORENA

Una cosa muy sencilla, monseñor. Cuando un marido ve, por ejemplo, que su mujer llama a su lado a uno con preferencia a los demás, cuando los músicos están en la sala, mientras que se come en el tocador ; cuando al presentarse el marido todo calla en la habitación de la mujer... entonces...

PRÍNCIPE

¿Qué sucede entonces?

LORENA

Entonces, monseñor, creo que se puede estar celoso : pero todos estos detalles no vienen a cuento, porque de nada de eso se trata en nuestra conversación.

PRÍNCIPE

Os engañáis, Lorena, porque precisamente todo eso ha ocurrido hoy aquí mismo.

LORENA

¿Aquí, monseñor?

PRÍNCIPE

Sí ; al dirigirme a las habitaciones de mi esposa, he encontrado en ellas al conde de Guiche, con músicos, que al verme han escapado por la puerta del jardín.

LORENA

¡Ah!

PRÍNCIPE

Pero yo lo arreglaré. Buscadme al conde de Guiche : le espero en mi cámara. Esto ha de acabarse. (Vase segunda derecha.)

LORENA

¡Ah! Por fin lograré arrojar de su lado a Guiche, cuya privanza me hace sombra y casi había ya eclipsado la mía. De aquí en adelante yo solo obtendré el favor del príncipe. Pero es preciso remachar el clavo : pero ¿cómo? ¡Ah! Quizás Malicorne, que goza de la confianza de Guiche, sabrá... Veamos. Señor Malicorne.

ESCENA III

LORENA, MALICORNE, luego AURA.

- MALICO. ¿Qué mandáis, señor duque?
- LORENA Necesitaría ver a mi amigo el conde de Guiche: ¿sabéis dónde podría hallarle?
- MALICO. Ahora no sé, señor; pero a la hora de comer estará en la cámara de la princesa real, pues después tienen ensayo del baile...
- LORENA ¡Ah, ya! La ocasión no puede ser más propicia para sorprenderlos de nuevo y entonces Guiche saldrá desterrado. Tomad, señor Malicorne, por vuestros servicios. (Vase segunda derecha.)
- MALICO. Mil gracias, señor duque. Esto se llama comer a dos carrillos. El conde de Guiche me paga para que me calle, y éste me paga para que hable, y yo procuro complacer a los dos en provecho mío. Cierto que debo mi empleo en palacio al conde de Guiche, pero...
- AURA ¿Estáis solo, Malicorne?
- MALICO. Sí, solo, lucero de mis ojos.
- AURA ¡Habéis visto el príncipe! ¡Estaba furioso!
- MALICO. ¡Celoso como un turco! Los amores de Madama con el conde de Guiche acabarán mal.
- AURA ¿Pero vos creéis que Madama ama al conde de Guiche? Lo que hace es coquetear, como coquetea con el duque de Buckingham, que se volvió a Inglaterra desesperado.
- MALICO. Cuantas cosas han ocurrido en los dos meses que estamos en la corte. La muerte del cardenal Mazarino, el casamiento del príncipe con la hermana de Carlos segundo, rey de Inglaterra.
- AURA ¿Y del vizconde de Bragelone, qué se sabe?

MALICO. He encontrado a su padre, el conde de la Fere, y me ha dicho que, según noticias, llegaría hoy de España, a donde fué enviado, después de la muerte del cardenal Mazarino.

AURA ¡Qué sorpresa va a tener cuando encuentre a Luisa en palacio, dama de honor de la princesa real.

MALICO. ¡Se alegrará! ¡Ya lo creo que se alegrará! Así podrán verse con más frecuencia, como nos vemos nosotros. ¿No es verdad que estáis contenta de verme a todas horas?

AURA Tanto os veo que ya empezáis a fastidiarme.

MALICO. ¡Muchas gracias, señorita fea!

AURA ¡Yo! ¡yo, fea!... ¡Estúpido!

ESCENA IV

AURA, MALICORNE, LUISA y RAUL.

LUISA ¡Ya estáis riendo como siempre!

AURA El tiene la culpa.

MALICO. No la creais, señorita Luisa, ha sido ella la que... ¡Pero, qué veo! ¡el señor vizconde de Bragelone!

LUISA ¡Raul! (Retirándose hacia el foro.)

AURA ¡Ah! por fin le tienes aquí. Señor Raul. (Que pasaba, dirigiéndose a la primera izquierda.)

RAUL ¡Ah! ¡Vos, señorita!... ¡Qué veo! ¡Luisa aquí! ¡en palacio!

AURA Dama de honor de la princesa.

RAUL ¡Ah! ¡Vos, Luisa, dama de honor de la princesa!

AURA ¡Como yo!

RAUL Os doy la enhorabuena, señoritas. (Algo picado.)

AURA Decís eso con aire bien poco galante, señor vizconde.

RAUL ¿Yo?

- AURA ¡Diantre! Preguntádselo a Luisa.
- LUISA Tal vez piense el señor vizconde de Bragelone que este cargo sea superior a mi condición.
- RAUL Oh, no, por cierto, señorita; bien sabéis que estoy muy lejos de pensar semejante cosa.
- AURA Os dejamos solos, señor vizconde, pues tendréis muchas cosas que deciros. ¿No es verdad, Malicorne?
- MALICO. Sí. El onceno no estorbar. Servidor. (Vase por la primera derecha.)
- AURA Hasta luego. (Vase por el foro.)

ESCENA V

LUISA y RAUL.

- RAUL Luisa, es preciso que hablemos. No es posible pasar más tiempo así.
- LUISA Os escucho, Raul.
- RAUL ¡Luisa, bien sabéis que desde mi infancia he fundado en vos toda la esperanza de mi vida! Yo os amé con toda mi alma y es preciso que adopte un partido para ponerlos a cubierto de todo ultraje, para librarlos de toda mancha. Luisa, en la corte de una princesa joven, y en estos tiempos de costumbres no muy rígidas, una dama de honor se halla colocada en una pendiente muy resbaladiza, pues por todas partes la acechan la murmuración y la calumnia. Luisa, cerrad vuestros oídos para no oír las palabras, cerrad vuestros ojos para no ver los ejemplos, cerrad vuestros labios para no respirar los hálitos corrompidos de la corte: huid, huid de ella si queréis vivir tranquila y respetada. Volved a Blois, Luisa; allí iré yo a pedir vuestra mano.
- LUISA ¡Casarme!

RAUL Sí. Pronunciad una palabra, una sola y me haréis el más feliz de los mortales. Decidla, o creeré que para mudaros para siempre ha bastado un solo paso dentro de palacio, un solo soplo del favor, una sola sonrisa de las reinas, una sola mirada del rey.

LUISA ¡¡ Del rey !! ¡ Ah ! ¡ Vuestro padre ! Adiós.
(Vase corriendo por el foro.)

ESCENA VI

RAUL y ATHOS.

RAUL ¡ Ah, padre mío ! (Abrazándole.) ¡ Vos aquí !
ATHOS He sabido tu vuelta, y como salgo hoy mismo para Blois, he venido a despedirme de ti.

RAUL Y llegáis en buena ocasión, padre mío, pues necesitaba hablaros.

ATHOS Pues di.

RAUL Señor, al llegar de España, me he encontrado con que la señorita de la Vallière se halla en Palacio en clase de dama de honor de la princesa, y como la amo con todo mi corazón, os pido permiso para casarme con ella, a fin de sacarla de un puesto en donde su reputación y su virtud pueden estar en peligro.

ATHOS ¿ Lo has reflexionado bien, Raul ?

RAUL Sí, señor.

ATHOS Me parece haberte ya dicho mi modo de pensar respecto a ese enlace.

RAUL Lo sé, señor ; pero me dijisteis que si insistiese...

ATHOS ¿ E insistes en ello ?

RAUL Sí.

ATHOS Está bien ; y ya que estoy en palacio, aprovecharé la ocasión para pedir al rey su consentimiento.

RAUL ¡ Ah, padre mío, cuán bueno sois !

ATHOS Ve a esperarme en casa Planchet : allí
 encontrarás al caballero Artagnan que
 desea verte.

ESCENA VII

RAUL, ATHOS, LUIS y COLBERT, primera izquierda.

LUIS ¡ El caballero Artagnan ! ¡ Ah ! ¡ Buenos
 días, conde de la Fere ! ¡ Por fin os ve-
 mos en palacio !

ATHOS ¡ Señor !... (Hincando la rodilla.)

LUIS Levantad ; los nobles cual vos solo de-
 ben hincar la rodilla ante Dios. ¿ Qué
 hay señor vizconde ?

RAUL Perdonad, señor, si he retardado en en-
 tregaros este pliego, pero como me han
 dicho que estabais en consejo...

LUIS No os disculpéis, querido vizconde, pues
 ya se que sois un leal y fiel servidor. (To-
 mando el pliego que le presenta Raul, rodilla en tie-
 rra ; lo abre y lee. A Colbert, después de leerlo.) To-
 mad, Colbert, enteraos de esto. Fouquet
 fortifica su Belle-Isle.

COLBERT Ya os lo dije, señor. (Vase con el pliego por
 primera izquierda.)

LUIS Si no oí mal, al entrar, hablabais del
 caballero Artagnan, que fué mi teniente
 de mosqueteros.

ATHOS Del mismo, señor.

LUIS Me gustaría verle.

ATHOS Si vuestra majestad quiere el vizconde
 irá a buscarle.

LUIS Sí, id ; pero no le digais que vais en mi
 nombre : tal vez se negaría... Como tie-
 ne esas genialidades que es preciso dis-
 pensarle por su valor y noble franque-
 za... Id, id, señor vizconde, y procurad
 traerle como podais. (Vase Raul primera de-
 recha.) En cuanto a vos, conde, os doy la
 enhorabuana por vuestro hijo ; es un va-
 liente y leal soldado.

ATHOS En su nombre vengo a pedir os una gracia, señor.

LUIS ¡Oh! Hablad sin perder tiempo: ¿qué desea de mí el vizconde de Bragelone?

ATHOS Desea casarse.

LUIS Joven es todavía, pero enhorabuena. ¿Cómo se llama la novia?

ATHOS Luisa de la Vallière.

LUIS ¡Ah! Creo conocer ese nombre... Un marqués de la Vallière...

ATHOS Esa señorita es hija suya.

LUIS El marqués murió y la viuda contrajo segundas nupcias con el señor de Saint Remy, mayordomo de mi tía.

ATHOS Así es, señor.

LUIS Y creo que su hija ha entrado de dama de honor de la princesa.

ATHOS Acaba de decírmelo mi hijo.

LUIS Conde, se me figura que esa señorita no es muy hermosa, y además su condición es muy inferior a la vuestra; es un matrimonio muy desventajoso para vos que tenéis en tan alta estima el esplendor de vuestra casa.

ATHOS Yo, señor, no tengo en mucho otra cosa más que mi lealtad para con vuestra majestad.

LUIS No se porque me parece, conde, que ese matrimonio no es de vuestro agrado. ¿No es verdad?

ATHOS Pues bien, señor, es cierto.

LUIS Entonces ¿por qué no rehusais?

ATHOS Porque amo a mi hijo con todo mi corazón, y el pobre joven, que está perdidamente enamorado de la señorita de la Vallière, se forja mil felicidades para lo futuro.

LUIS ¿Pero ella le ama?

ATHOS Si quiere vuestra majestad que le diga lo que siento, no creo en el amor de la señorita de la Vallière. Ella es joven y está llena de ilusiones que se disiparán

en la atmósfera de palacio : este matrimonio será uno de tantos como se ven en la corte ; pero Bragelone lo quiere, cúmplase su deseo, pues mi único objeto es hacer la felicidad de esos jóvenes, o más bien, de ese joven.

LUIS Y yo deseo también como vos la felicidad del vizconde de Bragelone, y por esto me opongo por ahora a su matrimonio.

ATHOS Señor, bien veo toda la benevolencia y generosidad que envuelve la negativa de vuestra majestad con respecto a mí, pero vá a ser un golpe terrible para mi hijo.

LUIS Yo mismo me encargo de dárselo : venid ; os entregaré una misiva para él.
(Vase por la primera izquierda.)

ATHOS ¡ Pobre Raul ! (Siguiéndole.)

ESCENA VIII

AURA, por el foro, y MALICORNE, por primera derecha.

AURA ¡ Malicorne ! ¡ Malicorne !

MALICO. ¿ Qué hay, Aura encantadora ?

AURA Que tienes que ir a abrir la puerta del jardín para que puedan entrar los músicos.

MALICO. ¿ Los músicos o guitarristas ?

AURA ¡ Bien, sí, los guitarristas ! No más quieres hacerme hablar.

MALICO. Es para verte esos dientes tan monísimos que asoman por entre esos labios de coral.

AURA ¡ Ay, qué tunante eres, Malicorne !...
¡ Toma, por lo bien que hablas ! (Dándole a besar la mano.)

MALICO. ¡ Ay, qué rica, qué rica ! (Besándosela.)

AURA ¡ Ah ! ¡ El vizconde ! (Vase foro.)

MALICO. ¡ Fúgiter ! (Vase segunda izquierda.)

ESCENA IX

RAUL y ARTAGNAN; luego, LUIS y ATHOS.

ARTAGNAN (Por primera derecha.) ¡ Chiquillo, hemos espantado la caza! He visto correr a una liebre y a un conejo... ¿ Pero dónde me llevas? ¡ Yo creía que íbamos a tu habitación a ver a tu padre!

RAUL Aquí le he dejado hablando con el rey. Sin duda estarán en el despacho; espere-
remos un poco, tal vez no tarde en salir.

ARTAGNAN ¿ Tu padre en el despacho de ese rey llorón, que hace pagar multas a los que desenvainan su acero?

RAUL Caballero Artagnan, no habléis de ese modo del rey, pues él os aprecia mucho; tanto es así, que él mismo me ha encargado que os trajese a palacio.

ARTAGNAN ¡ El! Pues abur.

RAUL ¿ A dónde vais?

ARTAGNAN ¿ A dónde? A Inglaterra, para huir de ese lobezno coronado.

RAUL ¡ Lobezno, el rey! Caballero Artagnan, ¿ os habéis vuelto loco?

ARTAGNAN Al contrario, en mi vida he estado tan cuerdo. ¿ Sabes lo que quiere hacer de mí ese digno hijo de... su madre? Pues me-
terme simplemente en la Bastilla.

RAUL ¿ Pero por qué?

ARTAGNAN Por ciertas cosas que le dije un día en Blois. Solté demasiado mi lengua y ahora le ha venido a la memoria.

RAUL ¿ Pues qué le dijisteis?

ARTAGNAN Que era un imbécil, un cobarde y un tonto.

RAUL ¡ Artagnan!

ARTAGNAN Quizá no te haya dicho literalmente las mismas palabras, pero por lo menos ese era su sentido.

RAUL ¿ Pero no mandó prenderos?

ARTAGNAN ¿Y por quién? Yo era el que mandaba los mosqueteros y hubiera sido preciso que me mandase prender a mí mismo. En seguida iba a obedecerle.

RAUL Callad: el rey. (Al ver salir al rey y a Athos.)

ARTAGNAN El rey.

LUIS Señor vizconde, seguid al conde de la Fere. (Vanse Raul y Athos primera derecha.) Por fin nos vemos, caballero Artagnan.

ESCENA X

ARTAGNAN Y LUIS.

ARTAGNAN Señor.

LUIS Sin duda ya sabréis que el cardenal ha muerto.

ARTAGNAN Lo sé, señor.

LUIS De consiguiente sabréis que ahora mando en mi casa.

ARTAGNAN Eso no es cosa que date desde la muerte del cardenal, señor: cuando uno quiere siempre manda en su casa.

LUIS Sí; pero ¿os acordais de lo que me dijisteis en Blois?

ARTAGNAN (¡ Ah! ¡ Ahí duele!)

LUIS ¿No me respondéis?

ARTAGNAN Señor, se me figura recordarlo.

LUIS ¡ Pues yo no lo he olvidado nunca!

ARTAGNAN (¡ Ya empieza a llover!)

LUIS Después de manifestarme todo lo que creáis que era verdad respecto de mi modo de pensar y obrar, acabasteis por decirme que habíais servido a mi familia por espacio de treinta y cinco años, sin recompensa alguna, y que os retirabais del servicio descontento y aburrido.

ARTAGNAN Es verdad.

LUIS Yo os dije: esperad; y vos contestasteis que estabais cansado de esperar. No, no os disculpeis... no trateis de ex-

cusaros... Era cosa natural, pero no tuvisteis caridad con vuestro príncipe, caballero Artagnan.

ARTAGNAN ¡ Señor !... ¡ Caridad con un rey de parte de un pobre soldado !

LUIS ¡ Demasiado me comprendéis ! Bien conocíais que la necesitaba, bien sabíais que yo no era el amo. ¿ Qué teníais que echar en cara al rey ? ¿ Que dejaba a Carlos II abandonado ? ¿ Pues qué queríais que hiciese ? ¿ Que me rebelase contra el cardenal Mazarino, que sostuvo mi trono contra las intrigas de los príncipes y los revoltosos ? ¿ Hubiérais preferido, caballero Artagnan, servir a un rey egoísta, ingrato y desleal ?

ARTAGNAN ¡ Ah, no, nunca !

LUIS Pues entonces ya véis como tuvisteis muy poca caridad de mí al abandonar mi servicio.

ARTAGNAN Señor, yo...

LUIS No hablemos más de eso, caballero Artagnan, y vamos a lo que importa. ¿ Qué habéis hecho desde que tomasteis vuestra licencia ?

ARTAGNAN Mi fortuna, señor. Fui a Inglaterra...

LUIS ¡ Ah, sí ! Ya sé que con vuestro amigo, el conde de la Fere, devolvisteis el trono a Carlos II ; vuestro amigo entregándole un millón, y vos apoderándoos del general Monck en su mismo campamento. ¡ Os felicito, caballero Artagnan ! Fué una hazaña digna de los capitanes del siglo XV.

ARTAGNAN Que me valió cien mil escudos, señor.

LUIS No es mala suma... pero me parece que sois ambicioso.

ARTAGNAN ¿ Yo, señor ? La cuarta parte de ese dinero me parece un tesoro, y os juro que no pienso en aumentarlo.

LUIS ¡ Ah ! ¿ Con que tratáis de vivir ocioso ?

ARTAGNAN Sí, señor.

- LUIS ¿Y abandonar la espada?
- ARTAGNAN Ya lo he hecho.
- LUIS No puede ser, caballero Artagnan.
- ARTAGNAN ¿Por qué, señor?
- LUIS Por que yo lo mando. Caballero Artagnan: ¿os bastarían veinte mil libras anuales de sueldo fijo?
- ARTAGNAN Pero señor... Ya he dicho a vuestra majestad...
- LUIS Que queríais descansar, lo sé; pero yo os he contestado que no quería. ¡Me parece que soy el amo!
- ARTAGNAN Sí, señor.
- LUIS Pues bien, capitán de mosqueteros, desde hoy estais a mi servicio.
- ARTAGNAN ¡Capitán!
- LUIS Sí, capitán. Caballero Artagnan, mañana mismo saldréis para Bretaña y examinaréis escrupulosamente las fortificaciones de ese país.
- ARTAGNAN ¿Las costas?
- LUIS También las islas; principiareis por Belle-Isle.
- ARTAGNAN ¿Que pertenece al caballero Fouquet?
- LUIS Creo, caballero, que tenéis razón, y que Belle-Isle pertenece a Fouquet.
- ARTAGNAN ¿Segun eso, vuestra majestad quiere que averigüe si es una buena plaza fuerte?
- LUIS Sí.
- ARTAGNAN ¿Si las fortificaciones son antiguas o recientes?
- LUIS Justamente.
- ARTAGNAN ¿Y en caso de que estén fortificando a Belle-Isle?...
- LUIS Tomaréis un plano exacto de la fortificación. Esperad. (Vase izquierda primera.)
- ARTAGNAN ¡Ea, ya estamos de nuevo en campaña, amigo Artagnan, y por lo que veo, el caballero Fouquet a escondidas del rey fortifica Belle-Isle!... ¡Si andará también en la danza Aramis! A Fouquet debe su

obispado de Vannes, y como el superintendente es aun hoy el verdadero rey de Francia, porque es el amo del dinero, me temo...

LUIS

(Por la primera izquierda, con un pliego y un papel.)
Caballero Artagnan, aquí tenéis vuestro nombramiento de capitán de mosqueteros, y además la orden para cobrar del superintendente el primer trimestre del sueldo que os he señalado. Si el señor Fouquet se niega a pagaros, os lo pagará el caballero Colbert. De todas maneras venid a decirme el resultado.

ARTAGNAN

Está bien, señor. Voy en seguida.

LUIS

Antes quiero que saludeis a la reina madre. Venid. (Vanse segunda derecha.)

ESCENA XI

PRÍNCIPE, LORENA, ENRIQUETA, GUICHE, LUISA, AURA,
ATHENAIDA, Damas y Músicos.

(Al desaparecer el rey y Artagnan, se oye detrás de las cortinas el prelude de las guitarras, al mismo tiempo que salen por la segunda derecha el Príncipe y Lorena. Cuando el Príncipe corre la cortina del foro, aparecen detrás las damas y músicos y Enriqueta y Guiche ensayando un paso de baile. Sorpresa general.)

PRÍNCIPE

Sí, Lorena, sí; me parece bueno tu consejo y voy... ¡Pero qué oigo! ¡Otra vez música! ¡Oh! ¡Esto es demasiado! (Corriendo la cortina. Sorpresa general.)

TODOS

¡Ah!

PRÍNCIPE

¡Muy bien! ¡Muy bien, señora! ¡He venido con la esperanza de encontraros triste y abatida, y os veo rodeada de caballeros y de placeres! ¡En verdad que es una dicha, señora!

ENRIQUE.

Señor, al venir a la corte de Francia, ig-

noraba que las princesas de mi clase debieran ser tratadas como mujeres de Turquía, hasta prohibírselas que pudieran ver hombres : pero puesto que tal es vuestra voluntad, haced, si gustais, que pongan hierros a mis ventanas.

- PRÍNCIPE ¡ Esto más ! ¡ Señora !...
- LORENA ¡ Monseñor !...
- PRÍNCIPE ¡ Silencio ! ¡ Seguidme ! Yo lo acabaré.
(Vase por la segunda derecha.)
- LORENA (Saludando.) ¡ Señora ! (Vase por la segunda derecha.)
- ENRIQUE. ¡ Hipócrita !
- GUICHE Sí, alteza ; ese hombre es la causa de todo ; está celoso de mi privanza y solo aspira a indisponerme con el príncipe.
- ENRIQUE. Así lo veo. Retiraos. (A los músicos.) Vos, conde, ya lo veis ; fuerza será interrumpir los ensayos. Yo veré al rey : idos.
- GUICHE ¡ Señora, cuán corta es la felicidad ! ¡ Del cielo hundirme en el abismo !
- ENRIQUE. Quién sabe si pronto volverá a lucir el sol.
- GUICHE Que será para mí la vida.
- AURA Señora, el rey.
- ENRIQUE. (A Guiche.) Salid por aquí. (Vase Guiche por el foro.)

ESCENA XII

ENRIQUETA, LUIS y Damas.

- LUIS (¡ Ah, el conde de Guiche !) (Al verle marchar.) Hermana mía, ¿ sería tan feliz que me concedieseis un momento de audiencia ?
- ENRIQUE. Estoy a las órdenes de vuestra majestad. Salid. (A las damas de honor, que se retiran por el foro.)
- LUIS Decidme, hermana mía, ¿ qué ha pasado hoy aquí ?

ENRIQUE. Decid, señor, qué es lo que me han hecho.

LUIS ¿A vos?

ENRIQUE. A mí, señor. ¡Es preciso ser mujer para comprenderlo!

LUIS ¡Qué! ¿lloráis?

ENRIQUE. ¡Hace rato que lloro, señor!

LUIS ¡Por Dios, hermana mía, calmaos!

ENRIQUE. ¡Calmarme!... Señor, no hace mucho que me han privado de la presencia de un amigo de mi hermano, del duque de Buckingham, mi compañero de infancia...

LUIS ¡Pero, hermana mía, el duque de Buckingham estaba enamorado de vos y mi hermano tenía celos! ¡Os ama tanto!

ENRIQUE. ¡Monseñor amarme! ¡Ah, señor, no lo creáis! Monseñor no amará jamás a una mujer, porque se ama demasiado a sí mismo. No: por desgracia mía, monseñor es de los celosos de la peor especie: un celoso sin amor.

LUIS Confesad, no obstante, que Guiche os ama.

ENRIQUE. Señor, nada sé.

LUIS Es extraño, porque el que ama siempre se hace traición a sí mismo.

ENRIQUE. Es que el conde de Guiche no se la ha hecho, señor.

LUIS (Cogiéndole la mano.) ¿Con qué nada tenéis que ver con Guiche?

ENRIQUE. Nada absolutamente, señor.

LUIS ¿De modo que podré tranquilizar a mi hermano? Como es tan joven, fácil es convencerle.

ENRIQUE. ¡Ay, señor! no dudéis de que nada le tranquilizará. No creáis que esté celoso; eso no ha sido más sino que monseñor ha escuchado malos consejos, y su carácter es naturalmente inquieto.

LUIS Es muy natural que lo esté con vos.

ENRIQUE. ¿Por qué, señor? (Levantando la vista para

mirar a Luis. Al encontrarse las dos miradas, ella baja los ojos ruborizada, y él, emocionado, continúa mirándola sin soltar la mano que estrecha entre las suyas. Pausa a juicio de los artistas.)

LUIS Mi hermano se queja de que preferís a su conversación y sociedad otras conversaciones particulares... El conde de Guiche...

ENRIQUE. ¿El conde de Guiche incomoda a monseñor? ¿Será cosa de que le hagan marchar también cómo al duque de Buckingham?

LUIS ¿Si es preciso por qué no?

ENRIQUE. Pues bien, después del conde de Guiche... a quien os advierto, señor, que le echaré de menos...

LUIS ¡Ah! ¡Le echaréis de menos!...

ENRIQUE. ¡Por su amabilidad y galantería, señor!

LUIS ¡Sabéis que como buen hermano me haréis cobrar horror al conde de Guiche!

ENRIQUE. ¡Ah, señor! os ruego que no os revisitais de las simpatías ni de los odios del príncipe; permaneced siempre el rey, que así será más conveniente para vos y para todo el mundo.

LUIS Sois una burlona encantadora, señora, y comprendo muy bien que os adoren hasta los mismos de quienes os burlais.

ENRIQUE. Y sin dudá por lo mismo, señor, vos, a quien hubiera aceptado por defensor mío, vais a ponerlos de parte de los que me persiguen.

LUIS ¡Yo perseguiros!... Dios me libre. (Cogiéndole la mano cariñosamente.)

ENRIQUE. (Mirándole lánguidamente.) Entonces concededme una cosa, señor.

LUIS ¿Qué?

ENRIQUE. Dejadme ir a Inglaterra.

LUIS ¡Oh! ¡Eso nunca, nunca!

ENRIQUE. ¿Con qué, es decir que estoy prisionera?

LUIS Sí, en Francia, a mi lado...

ENRIQUE. ¿Y qué he de hacer, entonces?

LUIS Dedicarme a mí... a nosotros, el tiempo que pasais en vuestro gabinete, escuchando vanos galanteos. ¿Queréis que nosotros formemos una alianza ofensiva y defensiva?

ENRIQUE. ¿Una alianza con vos, señor?

LUIS ¿Y por qué no? ¿No sois, acaso, una potencia?

ENRIQUE. ¿Pero vuestra majestad será un aliado fiel?

LUIS Ya lo veréis, señora.

ENRIQUE. ¿Y desde qué día datará esa alianza?

LUIS Desde hoy.

ENRIQUE. Pues yo redactaré el contrato.

LUIS Enhorabuena.

ENRIQUE. ¿Y lo firmaréis?

LUIS Ciegamente.

ENRIQUE. ¡Ah, señor!... ¿No me engañaréis?

LUIS Engañaros a vos... a vos, que os habéis apoderado de... ¿Qué os hace dudar, señora?

ENRIQUE. Una cosa no más.

LUIS ¿Cuál?

ENRIQUE. El pasado.

LUIS ¿El pasado? Ni vos ni yo debemos acordarnos de él. Para mí no existe más que lo presente, que lo tengo delante de mí. (Llevándola delante de un espejo.) Mirad.

ENRIQUE. ¡Ah!

LUIS ¿Y para vos?

ENRIQUE. También.

LUIS ¡Ah! ¡Enriqueta! ¡Enriqueta! (Besándole la mano.)

ENRIQUE. ¡Adiós, señor! (Emocionada.)

LUIS Hasta cuando?

ENRIQUE. Hasta que vos queráis. (Vase foro.)

LUIS ¡Ah, corazón humano, quién podrá comprenderte jamás! (Vase primera izquierda.)

ESCENA XIII

ARTAGNAN y COLBERT.

- ARTAGNAN (Por primera derecha.) Perfectamente; ya están en mi poder las veinte mil libras que el rey me ha destinado anualmente. Vamos, pues... ¡Ah! El señor Colbert.
- COLBERT Caballero Artagnan, el rey me ha hablado de una cobranza...
- ARTAGNAN Precisamente iba a decir al rey que el superintendente Fouquet...
- COLBERT ¿No os ha querido pagar?
- ARTAGNAN Al contrario, que me ha pagado al instante.
- COLBERT ¡Ah! ¿Con que el caballero Fouquet os ha pagado ya las cinco mil libras?
- ARTAGNAN No, caballero, me ha pagado veinte mil, para ahorrarme el tener que hacer cada trimestre una visita a su caja.
- COLBERT ¿Qué decís, caballero? ¡Oh! Eso no tenía derecho a hacerlo.
- ARTAGNAN ¿Que no tenía derecho a hacerlo? ¿Por qué?
- COLBERT Porque vuestra carta-orden... ¿Tenéis la bondad de enseñármela?
- ARTAGNAN Con mucho gusto; vedla aquí.
- COLBERT ¡Ah! ¿Lo veis? La carta-orden dice así: «Páguese a la vista al caballero Artagnan la suma de cinco mil libras que forma un trimestre de la pensión que le he señalado.»
- ARTAGNAN Así está escrito, en efecto.
- COLBERT Pues bien, el rey no debía sino cinco mil libras: ¿por qué se os han dado más?
- ARTAGNAN. Porque tenían más y quisieron darme más: eso no le importa a nadie.
- COLBERT Es natural que ignoréis los usos de la contabilidad; pero caballero, cuando tenéis que pagar mil libras ¿cómo lo hacéis?

ARTAGNAN Yo nunca tengo que pagar mil libras ; para mí las quisiera.

COLBERT Pero bien, si tuvieseis que hacer un pago, es bien seguro que no pagaríais más de lo que debieseis.

ARTAGNAN Eso no prueba más que una cosa, y es que vos tenéis vuestros usos particulares en contabilidad, y el señor Fouquet tiene los suyos.

COLBERT Los míos son los buenos, caballero.

ARTAGNAN No digo que no.

COLBERT Y vos habéis cobrado lo que no se os debía.

ARTAGNAN (Conteniéndose a duras penas.) Lo que no se me debía aun, querréis decir, señor Colbert ; porque si yo hubiese recibido lo que no se me debía absolutamente, hubiera cometido un robo.

COLBERT Pero os sobran quince mil libras y vais a entregármelas.

ARTAGNAN Yo?... ¡ca, señor Colbert ! ni lo imaginéis siquiera.

COLBERT El rey necesita su dinero, caballero Artagnan.

ARTAGNAN Y yo, caballero Colbert, necesito el dinero del rey.

COLBERT Pues vos restituiréis...

ARTAGNAN ¡Ni por pienso ! Siempre he oído decir que en materia de contabilidad, como vos decís, un buen cajero ni devuelve ni recobra nunca.

COLBERT Entonces veremos lo que dice el rey, a quien enseñaré esta firma, que prueba que el señor Fouquet no solo paga lo que no debe, sino que ni siquiera guarda recibo de lo que da.

ARTAGNAN ¡ Ah ! ¡ Ya comprendo el por qué me habéis cogido ese papel, señor Colbert !

COLBERT Algún día veréis de lo que me sirve esta carta-orden. (Levantándola en alto.)

ARTAGNAN (Cogiéndosela.) De nada.

COLBERT ¡ Caballero, esa violencia ! ¡ Se lo diré al rey !

ARTAGNAN Por mí aun que se lo digais al Padre Santo. A vuestras órdenes, señor Colbert. Servidor.

COLBERT ¡ Ah !

ARTAGNAN Vuelve por otra.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Jardines campestres. en el centro la encina real. Una encina grande y frondosa: al pie un asiento para cuatro personas.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUETA, LUISA, AURA, ATHENAIDA, LUIS, RAUL,
LORENA, FOUQUET, damas y caballeros.

Al levantarse el telón se oye el ruido de los fuegos artificiales que figura que hace rato que han empezado, y al terminar éstos se ilumina todo el escenario con luces de aurora. La escena está llena de farolitos y vasos de colores, encendidos.

LUIS (Al terminar los fuegos.) ¡ Os felicito, caballero Fouquet ! ¡ Vuestra fiesta va resultando soberbia y magnífica ! Nos lleváis de sorpresa en sorpresa.

FOUQUET Señor, aun falta la más grande, y es...

LUIS No, no me la digáis ; prefiero ignorarla, así me producirá más efecto, pues no dudo que, preparada por vos, será digna de admiración. Ahora, a la caza de mariposas. Señores, libertad completa. (Caballeros y damas saludan y vansen todos menos Luis y Enriqueta.)

ESCENA II

LUIS y ENRIQUETA.

LUIS ¿ No es esto lo que queríais, Enriqueta, que quedásemos solos ?

ENRIQUET. Sí, porque necesitaba ser oída de vos únicamente y vista de todo el mundo.

LUIS Y yo también.

ENRIQUET. ¿Os ha sorprendido mi billete?

LUIS Me ha sobresaltado. Pero aun es de mayor importancia lo que tengo que deciros.

ENRIQUET. No lo creo. ¿Sabéis que el príncipe me ha cerrado su puerta?

LUIS ¿A vos?... ¿Y por qué?

ENRIQUET. ¿No lo acertáis?

LUIS ¡Ay, Enriqueta! veo que uno y otro teníamos que deciros una misma cosa.

ENRIQUET. ¿Pues qué os ha sucedido?

LUIS Que al regresar del baño me encontré con que mi madre me llamaba a su habitación, en donde la retiene su enfermedad.

ENRIQUET. ¡Oh! ¡la reina madre! Eso ya es cosa grave.

LUIS Y tanto... pues oid lo que me dijo... que mi hermano estaba celoso de mí.

ENRIQUET. (Sonriendo con malicia.) ¿De veras?

LUIS Y ciertamente, no creo que hayamos dado lugar...

ENRIQUET. ¡Nunca! por mi parte...

LUIS Y ha añadido que el príncipe ha entrado en su cuarto como un loco, quejándose amargamente de vuestra... permitidme que lo diga, Enriqueta.

ENRIQUET. Decid, decid.

LUIS De vuestra coquetería. Mi hermano no repara en la injusticia que comete.

ENRIQUET. Sois muy amable, señor.

LUIS Mi madre trató de tranquilizarle, pero dijo que no le convencían sus explicaciones.

ENRIQUET. ¿Pero a qué ese enojo?

LUIS ¡Eso digo yo! Si hubiese motivo...

ENRIQUET. Convenid, señor, en que el mundo es bien perverso... Muchas veces hemos estado solos como ahora, porque solemos hallar agradables unas mismas cosas, y hubiéramos podido deslizarnos... ¿Lo hemos

hecho nunca?... Para mí sois vos un hermano, y nada más.

LUIS ¡ Ah! (Frunciendo las cejas.)

ENRIQUET. Vuestra mano, que se encuentra con frecuencia con la mía, no me produce esos estremecimientos, esa emoción... que los amantes, por ejemplo...

LUIS ¡ Oh! ¡ basta, por Dios! Sois inexorable y me causaríais la muerte.

ENRIQUET. ¿ Por qué?

LUIS ¿ Con qué, nada sentís hacia mí?

ENRIQUET. ¡ Oh! señor, no he dicho eso... mi afecto...

LUIS Enriqueta, basta... os lo vuelvo a suplicar... Si creéis que soy de mármol como vos, estáis en un error.

ENRIQUET. (Bajando los ojos.) ¡ El príncipe está celoso!

LUIS ¡ Oh, sí, tenéis razón!

ENRIQUET. (Mirándole apasionadamente.) Bien lo veis, sois libre y nadie sospecha de vos... no hay nada que envenene la alegría de vuestra casa. (Suspirando.)

LUIS ¡ Os engañáis! La reina tiene celos también.

ENRIQUET. ¡ María Teresa!

LUIS ¡ Celos terribles!... Los celos de mi hermano han prevenido de los suyos. Parece que la reina lloraba y se quejaba a mi madre por esas partidas de baños tan dulces para mí.

ENRIQUET. ¡ Y para mí!

LUIS ¡ Ah! ¡ Enriqueta! (Cogiéndola las manos.)

ENRIQUET. ¡ Pobre rey, y pobre princesa! (Los dos se miran, y repentinamente bajan los ojos, permaneciendo así breves momentos, con las manos juntas.)

LUIS ¿ Qué hacer? ¿ qué hacer, Enriqueta, para poder conservar siempre esta felicidad?

ENRIQUET. Lo mejor sería, señor, que vos fingieseis dirigir todas vuestras atenciones a otra mujer. (Risas dentro.)

LUIS ¡ Excelente idea! ¿ Qué os parece si dirigiera mis atenciones a la señorita de Tonnay-Charente?

ENRIQUET. ¿Athenaida?

LUIS Sí; es hermosa...

ENRIQUET. ¿Os lo parece?

LUIS ¡Ya lo creo!

ENRIQUET. Pues no me conviene.

LUIS ¿Por qué?

ENRIQUET. Porque Athenaida es un remedio demasiado eficaz: verdad es que curaría completamente al celoso, pero podría muy bien hacer una celosa.

LUIS ¡Ah! ¡Enriqueta! ¡Enriqueta! ¡cuán feliz me hacéis! Pues bien, escoged vos misma a la que haya de curar a nuestros celosos.

ENRIQUET. Ya tengo una.

LUIS ¿Cuál?

ENRIQUET. La señorita de la Vallière.

LUIS ¡Oh!

ENRIQUET. ¿Qué, no os gusta, señor?

LUIS ¿No veis qué pálida está esa pobre joven?
¡Y luego es tan melancólica!

ENRIQUET. Con eso formará contraste conmigo que dicen que soy demasiado jovial.

LUIS Y á más de eso cojea.

ENRIQUET. Mejor; así podréis alcanzarla más fácilmente.

LUIS ¡Enriqueta! ¡Enriqueta! Habéis ido a buscarme precisamente la menos agradable de vuestras damas de honor.

ENRIQUET. ¿No me permitisteis la elección?

LUIS Sí.

ENRIQUET. Pues bien, esa es y no hago otra: conque resignaos.

LUIS ¡Oh! yo me resignaría con una de las furias, si tal fuese vuestra voluntad.

ENRIQUET. La Vallière es dulce como un cordero: no temáis que os contradiga nunca cuando le digáis que la amáis. (Riéndose.)

LUIS ¡Oh! Se conoce que no teméis que se lo diga muchas veces, ¿no es verdad?

ENRIQUET. Estoy en mi derecho.

LUIS No os lo disputo.

- ENRIQUET. ¿Con qué, es trato convenido?
LUIS Y firmado.
ENRIQUET. Y me conservaréis una amistad de hermano y una galantería de rey, ¿no es así?
LUIS Os conservaré un corazón que no puede ya latir sino a voluntad vuestra.
ENRIQUET. ¿Y cuándo vais a empezar?...
LUIS Esta misma noche, durante el paseo, me deslizaré en el bosque y encontrando a la Vallière sin vos...
ENRIQUET. Yo sabré alejarla. Eso corre de mi cuenta.
LUIS Muy bien; me acercaré a ella entre sus mismas compañeras y arrojaré el primer dardo.
ENRIQUET. Cuidado no erréis el tiro; asestad bien al corazón. (Riendo.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja!
LUIS ¡Ah! ¡Qué hermosa sois, Enriqueta!
ENRIQUET. ¡Señor, que os espera la Vallière!
LUIS ¡Ah! sí, tenéis razón; vamos. ¡Ay! ¡qué caro cuesta el amor!
ENRIQUET. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! No digáis eso, señor. (Vanse.)

ESCENA III

RAUL, LORENA, luego PORTHOS, después FOUQUET.

- LORENA ¿Cuántas mariposas habéis cazado, querido vizconde?
RAUL Ninguna. No me divierte a mí eso.
LORENA No os parecéis al rey, que corre tras ellas con un afán... mirad... mirad... digo, y la princesa... ¿Qué os parece, amigo Bragelone, de esa intimidad del rey y la princesa?
RAUL ¿Qué queréis decir?
LORENA Que hace unos cuantos días él no la deja un solo instante; la acompaña a los baños, juntos forman excursiones, mientras el príncipe se queda en su cámara rabian-

- do, después de haber hecho desterrar al de Guiche; además, María Teresa oculta sus lágrimas en los brazos de su suegra Ana de Austria. ¡ Buena se va poniendo la corte! ¿ No os parece, querido vizconde!
- RAUL Caballero, no me gusta oír chanzonetas sobre semejante materia. Nosotros, los nobles, somos los guardianes del honor de las reinas y de las princesas, y si nosotros hacemos burla de ellas ¿ qué harán entonces los lacayos?
- LORENA ¿ Qué queréis decir?
- RAUL Que tenéis la lengua muy venenosa, señor de Lorena, y que no es digno de un noble como vos hablar de las reinas y de la princesa como lo estáis haciendo, ni de las damas de honor como lo hicisteis ayer en palacio, según me dijeron, pues a estar yo presente os hubiera dado como ahora una lección de cortesía, señor duque.
- LORENA ¿ Con la lengua o con la espada?
- RAUL Con lo que hubiera sido conveniente.
- LORENA Pues veámoslo.
- RAUL Caballero, no me parece este sitio el más a propósito para batirnos.
- LORENA Todos son buenos para castigar a un deslenguado.
- RAUL ¡ Ah!
- LORENA Y a un cobarde.
- RAUL ¡ Cobarde! ¡ Pues sea! (Desenvainando, la espada y poniéndose en guardia.)
- LORENA ¡ Por fin! (Cruzando los aceros.)
- PORTHOS (Dentro.) ¡ Ruido de espadas! Voy... (Saliendo.) ¡ Qué veo! ¡ Raul! Caballero...
- LORENA ¡ Apartad! ¡ Quiero castigar a ese insolente!
- PORTHOS ¡ Raul insolente! ¡ Por vida de Mazarino! ¡ como decía Artagnan! Mátale, Raul.
- RAUL No; con esto hay bastante. (Desarmándole.)
- PORTHOS ¡ Bravo, valiente!
- LORENA ¡ Oh! ¡ me vengaré! (Recoge la espada y vase.)
- PORTHOS ¡ Pruébalo y de un puñetazo!...

- RAUL Dejadle, Porthos.
- PORTHOS ¿Y por qué os habéis batido?
- RAUL Porque anda por ahí difamando a todo el mundo.
- PORTHOS Pues como hable de un puñetazo hago de él una tortilla. ¡Pero déjame sentar! ¡estoy rendido!
- RAUL ¡Y lleváis los vestidos llenos de polvo!
- ¿De dónde venís, amigo mío?
- PORTHOS De Vannes; traigo un recado urgente para el caballero Fouquet, que me han dicho se hallaba en los jardines, pero por más que he buscado...
- RAUL Pues mirad, casualmente se dirige hacia aquí.
- PORTHOS Gracias a Dios. ¡Ay! ¡mis piernas!
- FOUQUET ¿Cómo aquí tan solo, señor vizconde?
- RAUL Solo no, caballero Fouquet; mirad.
- FOUQUET ¡Ah! ¡Caballero Du-Vallon! ¿Vos aquí?
- PORTHOS Acabo de llegar.
- RAUL Con vuestro permiso, señores.
- PORTHOS Adiós, Raul.
- FOUQUET Hasta luego, querido vizconde. (Vase Raul.)

ESCENA IV

PORTHOS y FOUQUET.

- PORTHOS Dispensadme, caballero Fouquet si no me levanto, pues estoy molido y medio muerto. He andado cincuenta leguas a caballo sin descansar un minuto.
- FOUQUET ¿Tan urgente es lo que tenéis que decirme?
- PORTHOS Tanto que he reventado ocho caballos por el camino para llegar más pronto. Por esto he venido a encontraros aquí.
- FOUQUET Pues hablad. ¿Qué hay?
- PORTHOS Pues hay que mi amigo Aramis me ha dicho: «Porthos», monta a caballo y volando como el viento corre a entregar al caba-

llero Fouquet esta carta y este pliego, pues le va la vida en ello.

FOUQUET ¡ Ah ! ¡ Dadme ! (Cogiéndolos, y mientras abre la carta dice: ¿Qué será esto?)

PORTHOS ¡ Ay ! si pudiese dormir un par de horas.

FOUQUET Id, mi buen Porthos, id a descansar.

PORTHOS Que bien lo necesito. Me parece que me quedo dormido por el camino.

FOUQUET (Leyendo.) « Señor, todo está descubierto: el caballero Artagnan ha llegado a Belle-Isle, disfrazado, con una comisión del rey. Se ha enterado de las fortificaciones y de todo... Mientras yo le entretengo, aquí os mando a mi amigo Porthos con esta carta y el plano, para que sin pérdida de tiempo lo entreguéis al rey, regalándole, además, vuestra posesión de Belle-Isle. Vuestra vida depende de que lo hagáis antes de que llegue el caballero Artagnan. Ya sabéis el odio que os tiene Colbert y que procurará perderos. Ganadle por mano. Vuestro amigo Aramis, Obispo de Vannes.» ¡ Oh ! ¡ Cuánto dinero perdido ! ¡ Arruinado ! ¡ La suerte me abandona ! ¡ Ya he luchado bastante ! ¡ Cúmplase mi destino ! Triunfe Colbert y húndame para siempre en el abismo.

ESCENA V

LUIS, FOUQUET, luego RAUL.

LUIS ¡ Cómo es eso, querido Fouquet ! ¿ Qué hacéis aquí tan solo y pensativo ? ¿ Acaso estáis ideando algo nuevo para darme otra sorpresa ?

FOUQUET Sí, señor. Y ya que me habéis cogido infraganti, no quiero demorarla por más tiempo. Aquí la tenéis, señor. (Entregándole el pliego que le ha dado Porthos.)

LUIS ¿ Qué es esto ?

FOUQUET El plano de las fortificaciones de Belle-Isle.

LUIS ¡ Ah! ¿ Habéis fortificado a Belle-Isle? ¿ Para qué?

FOUQUET Para un objeto bien fácil de adivinar, señor. Vuestra majestad no estaba en muy buena inteligencia con la Gran Bretaña.

LUIS Sí, pero cuando la restauración de Carlos segundo he hecho alianza con ella.

FOUQUET De esto hace dos meses, señor, y las fortificaciones de Belle-Isle empezaron hace seis meses.

LUIS ¡ Ah! ¿ Creo que Belle-Isle es vuestra, caballero Fouquet?

FOUQUET No, señor.

LUIS ¿ Pues a quién pertenece?

FOUQUET A vuestra majestad.

LUIS ¡ Cómo!

FOUQUET Os suplico, señor, que aceptéis este humilde presente, pues Belle-Isle, como plaza de guerra, debe ser ocupada por el rey, y de consiguiente vuestra majestad podrá tener allí, en adelante, una segura guarnición.

LUIS La acepto, querido Fouquet; pero ha debido costaros mucho dinero.

FOUQUET Señor, no vale la pena de...

LUIS ¿ Cuánto habéis gastado? Quiero saberlo.

FOUQUET Un millón seiscientas mil libras, señor.

LUIS ¡ Un millón seiscientas libras! Sois inmensamente rico, caballero Fouquet. ¡ Más rico que vuestro rey!

RAUL Señor...

LUIS ¿ Qué hay, vizconde?

RAUL (Aparte a Luis.) Acaba de llegar el caballero Artagnan y desea hablar con urgencia a su majestad.

FOUQUET (¡ Ah!)

LUIS Que venga. (Vase Raul.) Caballero Fouquet, después seguiremos nuestra conversación.

FOUQUET Está bien, señor. (Retirándose.)

ESCENA VI

LUIS y ARTAGNAN.

LUIS ¡ Un millón seiscientas mil libras ! ¿ Será cierto lo que dice Colbert, que ese hombre se ha enriquecido con el dinero del Estado? Si fuese así, no volvería a robar más. ¡ Ah ! ¿ sois vos, caballero Artagnan?

ARTAGNAN Señor, perdonad si me presento así ante vuestra majestad, pero la urgencia del caso...

LUIS No os disculpéis, capitán, a mí me gusta mucho ver en desorden a mis servidores, pues esto prueba que se desviven por cumplir con su deber. ¿ Con qué, según eso, me traéis grandes noticias?

ARTAGNAN Señor, os enteraré en dos palabras : Belle-Isle está fortificada admirablemente : tiene una doble muralla, una ciudadela y dos fuertes destacados. Su puerto contiene tres barcos corsarios, y sus baterías sólo esperan que las guarnezcan sus cañones.

LUIS Lo sé, caballero.

ARTAGNAN ¿ Qué vuestra majestad sabe?... .

LUIS Tengo el plano de las fortificaciones de Belle-Isle.

ARTAGNAN ¿ Vuestra majestad tiene el plano?... .

LUIS Vedlo aquí.

ARTAGNAN En efecto, señor, ese mismo es : ¡ allá he visto otro igual ! ¡ Ah ! ¡ Ya comprendo ! ¡ Vuestra majestad no se ha fiado de mí solo, y ha enviado a algún otro ! (Con cierta reconvección.)

LUIS ¿ Y qué importa, caballero, el modo como ha llegado a mi noticia lo que sé, supuesto que lo sé?

ARTAGNAN Enhorabuena, señor ; pero me tomaré la libertad de decir a vuestra majestad que no valía la pena el haber corrido tanto y haberme expuesto veinte veces a quebran-

tarme los huesos para verme saludado a mi regreso con semejante noticia. Señor, cuando se desconfía de las personas o se las cree insuficientes no se las emplea. Por lo tanto, ya que no sirvo pido mi licencia.

LUIS ¿Cómo vuestra licencia?

ARTAGNAN Sí, señor, mi licencia. Soy demasiado orgulloso para comer el pan del rey sin ganarlo, o mejor dicho, ganándolo mal. Mi licencia, señor.

LUIS ¡Hola! ¡hola! (Gozándose en mortificarle.)

ARTAGNAN Mi licencia, o yo me la tomo.

LUIS Vamos, venid acá, mi valiente mosquetero y desarrugad ese ceño. ¿Qué culpa tenéis vos si el caballero Fouquet ha querido regalarme a Belle-Isle y el plano de sus fortificaciones?

ARTAGNAN ¡Ah! ¿Ha sido el caballero Fouquet el que?...

LUIS El mismo, hace pocos momentos.

ARTAGNAN ¡Ah, necio de mí! Porthos me ha tomado la delantera y Aramis..

LUIS ¿Qué queréis decir?

ARTAGNAN ¡Nada, señor, nada! (¡Ah! ¡Yo me tomaré la revancha!)

LUIS Conque ya veis, caballero Artagnan, que el rey no desconfía de vos y os recompensará como merecéis.

ARTAGNAN Gracias, señor.

LUIS Por de pronto os concedo un par de días de licencia, para descansar.

ARTAGNAN Que a fe bien lo necesito, y si su majestad me da su venia.

LUIS Sí, podéis retiraros, amigo Artagnan.

ARTAGNAN Gracias, señor. (Vase.)

LUIS ¡Arrebatado y terco como siempre! Genio y figura... (Se oyen risas de mujeres.) ¿Qué es eso? ¡Ah! La Vallière y sus amigas. Vamos a empezar el ataque, pero antes quiero sorprenderlas. Aquí no me verán. (Ocultándose.)

ESCENA VII

LUIS, oculto, LUISA, AURA y ATHENAIDA.

AURA Venid, venid. Aquí bajo la encina real podremos reir con más libertad y charlar de nuestras cosas. Qué placer experimento al vernos aquí libres, solas y con derecho a ser francas sobre todo con nosotras mismas.

ATHE. Sí, porque la corte, por brillante que sea, encubre siempre la mentira bajo los pliegues del terciopelo o bajo el resplandor de los diamantes. ¿No os parece?

LUISA Yo, como no sé mentir, cuando no puedo decir lo que siento, me callo.

AURA Pues no gozaréis de favor mucho tiempo, querida Luisa : aquí no es lo mismo que en Blois, en donde contábamos a la vieja Madama todos nuestros enfados y todas nuestras envidias.

LUISA ¡ Ay ! ¡ sí ! Allí...

ATHE. Amigas, no debéis echar tan de menos la corte de Blois que no os consideréis dichosas en estar entre nosotras. La corte es un sitio a donde vienen los hombres y las mujeres para hablar de cosas que las madres y los tutores, y principalmente los confesores, prohíben con severidad. En palacio se dicen esas cosas bajo el privilegio del rey y de las reinas ; ¿ no es esto un placer ?

AURA ¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja ! Athenaida es franca esta noche, conque aprovechemos la ocasión.

ATHE. Sí, aprovechadla, porque conozco que esta noche podrían arrancarme hasta los secretos más íntimos del corazón.

AURA ¡ Lástima es que no esté aquí el conde de Montespán !

ATHE. ¿ Creéis que yo ame al conde de Montespán ?

- AURA Me parece que es un buen mozo.
ATHE. Sí, y aun añadiré que de todos los hombres que aquí se ven es el mejor mozo y el más...
- LUISA (Levantándose asustada.) ¿Qué suena por ahí?
AURA Algún gamo que se oculta entre las ramas.
ATHE. Yo no tengo miedo más que a los hombres.
AURA Cuando no se parecen a Montespan.
ATHE. No sigáis con esa chanza... verdad es que Montespan me obsequia, pero eso a nada compromete. ¿No tenemos a Guiche que está obsequiando a la princesa?
AURA Por eso le han desterrado.
LUISA ¡Pobre joven!
ATHE. ¿Y por qué ha de ser pobre?... Me parece que la princesa es persona de bastante belleza y gran distinción.
LUISA Cuando se ama, no es a la persona de belleza ni de distinción, queridás amigas; cuando se ama no debe mirarse más que al corazón y los ojos de aquel o aquella a quien se ama.
ATHE. ¿Pues hay quién ama por ventura? Una mujer bien templada y que abrigue un corazón generoso, debe mirar a los hombres, hacerse amar, adorar de ellos y nada más.
AURA Eso, eso. Pero yo no sé ponerlo en obra, pues, por más que sueño con emperadores, sólo me encuentro con Malicorne.
LUISA ¡No os entiendo! Habláis como seres que no estuviesen destinados a vivir en este mundo.
AURA No deja de ser agradable vuestro mundo.
ATHE. Un mundo en donde el hombre inciensa a la mujer para hacerla caer aturdida, y la insulta después que la ve caída.
LUISA ¿Y quién os habla de caer?
ATHE. ¡Ah! esa es una teoría del todo nueva, querida mía: vamos a ver, ¿qué medio

tenéis para no quedar vencida, si os dejáis arrastrar por el amor?

LUISA

¡ Oh ! (Alzando sus ojos al cielo, humedecidos.) Si supieseis lo que es un corazón, yo me explicaría y os convencería : un corazón que ama es más fuerte que toda vuestra coquetería y todo vuestro orgullo. Nunca es amada una mujer, así lo creo y Dios me oye, nunca ama un hombre con idolatría sino cuando conoce que es amado. El amor, tal como yo lo concibo, es un sacrificio continuo, absoluto, entero ; pero no el sacrificio de una sola de las partes, sino la abnegación completa de las dos almas que desean confundirse en una sola. De mí sé deciros que no caeré nunca, porque suplicaré a mi amante que me deje libre y pura ; le diré y sabrá comprenderme, que mi alma se halla destrozada por la negativa que le opongo, y él, que no podrá menos, de amarme, al ver la dolorosa inmensidad de mi sacrificio, se sacrificará a la vez como yo y me respetará, y no tratará de hacerme caer para insultarme después de caída, como decíais hace poco blasfemando contra el amor puro y verdadero. Así es como yo amo. ¡ Venidme ahora a decir que mi amante me despreciará ! Eso tan sólo lo hacen los viles y cobardes, y el que mi corazón ha elegido es noble, digno y honrado.

AURA

¿ El vizconde de Bragelone ?

LUISA

¡ El vizconde de Bragelone ! ¡ Pobre Raul !

AURA

¡ Qué ! ¿ acaso no le amáis ?

LUISA

¡ Creía amarle !

AURA

¿ Qué decís ?

LUISA

La verdad. Creía amarle, ¡ pero después de haber visto al rey !...

AURA

¡ Al rey !

ATHE.

¿ Os habéis atrevido a fijar los ojos ?...

LUISA

Sí, ya sé que no es dado a todos los ojos

mirar de frente al sol, pero yo le miraré,
aun cuando deba quedarme ciega.

LUIS Y haréis muy bien, señorita.

LUISA ¡ Ah ! (Desmayándose.)

AURA Y ATHE. ¡ El rey !

LUIS (Recibiéndola en sus brazos.) ¡ Se ha desmayado ! ¡ Ah ! ¡ pronto ! ¡ un elixir !... No, esperad, yo mismo iré. (Dejándola en el banco.) No la dejéis. ¡ Me ama ! ¡ Me ama ! (Vase.)

ATHE. ¡ Nos ha oído !

AURA ¿ Y qué hacemos ?

ATHE. Será preciso avisar a la princesa porque sino...

AURA Sí, sí, id en seguida. (Vase Athenaida.) ¡ Ay ! en qué lío nos hemos metido ¡ Miren la niña tímida ! ¡ Y no vuelve en sí ! ¡ Luisa, Luisa ! ¡ Pero se ha vuelto loca esta chica ! ¡ Amar al rey ! ¡ Ah ! ¡ Ya vuelve ! ¡ Luisa ! ¡ Luisa !

LUISA ¿ Dónde estoy ? ¡ Ah ! ¡ Ya recuerdo ! ¡ El rey !... ¡ Qué vergüenza !

AURA ¡ Tranquilizaos ! ¡ Ah ! ¡ Aquí está la princesa !

ESCENA VIII

LUISA, AURA, ENRIQUETA, ATHENAIDA, luego LUIS.

ENRIQUET. ¿ Con que vos, señorita de la Vallière os habéis atrevido ?... ¡ Qué insolencia ! Ay de vos y de vosotras, señoritas, si me desmentís, en lo más mínimo, lo que voy a decir al rey, pues seréis arrojadas de palacio y de la corte.

LUIS ¡ Ya estoy aquí ! (¡ Ah ! ¡ la princesa !)

ENRIQUE. ¡ Señor, tranquilizaos ! La señorita de la Vallière se halla completamente bien. Todo ha sido comedia, pues estas señoritas habían visto a vuestra majestad que se ocultaba detrás de los árboles y han querido gastarle esa broma, que espero que el rey les perdonará.

LUIS ¡ Ah !

ENRIQUET. ¿ No es verdad, señoritas ?

AURA Y ATHE. Sí. (Luisa no más baja la cabeza sin poder casi sostenerse.)

ENRIQUET. Ahora, si el rey nos da su venia...

LUIS Está bien.

ENRIQUET. Vamos, señoritas. (Haciéndolas pasar delante: Todas, al pasar ante el rey, saludan; Luisa casi no puede andar; Luis la mira fijamente y ella va con los ojos bajos. Compréndase la situación de todos.) ¡ Ay de ella si el rey la ama !

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Sala.

ESCENA PRIMERA

LUISA y AURA.

AURA ¡ Vaya, Luisa, calmaos ! ¿ Qué sacáis con desesperaros así ? A nosotras no nos toca más que sufrir y callar.

LUISA No, no quiero que el rey crea que yo he querido burlarme de él. Yo burlarme, cuando daría mi alma, mi vida por su felicidad. Necesito verle, hablarle.

AURA Pero os arrojarán de aquí : ya oísteis a la princesa.

LUISA Que me arrojen, todo antes que él me crea una infame. Voy a verle.

AURA ¿ Sin pedirle una audiencia ?

LUISA Es verdad. Voy a escribirle... pero quién se encargará de entregarle...

AURA Malicorne hará que llegue a sus manos.

LUISA ¡ Ah ! ¡ Gracias, Aura !

AURA Escribid, mientras yo voy a buscarle.

(Vase.)

ESCENA II

LUISA, luego AURA y MALICORNE.

LUISA (Escribiendo.) Señor, perdonadme mi impertinencia y la libertad que me tomo de di-

rigir este billete a vuestra majestad, pero es para suplicarle me dispense el favor de una audiencia en la que podré decir la verdad a mi rey. Luisa de la Vallière.» Ahora, Dios mío, no me abandones.

AURA Aquí le tenemos. ¿Está ya?

LUISA Sí. (Entregándosela.)

AURA Señor Malicorne, conque ya sabéis: esta carta a su destino sin que se entere nadie. En pago, tomad. (Dándole a besar su mano.)

MALICO. ¡Ah! ¡qué rica!

AURA Basta. Id, y... (Indicando que calle.)

MALICO. Mudo, ciego y sordo. (Vase.)

LUISA Ah, querida Aura, ¿cómo podré agradeceros...

AURA Enjugando las lágrimas que afean esos hermosos ojos.

LUISA Es que...

AURA Callad, viene el vizconde...

LUISA ¡Cielos! ¡Raul!

ESCENA III

LUISA, AURA, RAUL, luego ATHENAIDA.

RAUL Recibid mis humildes respetos, señoritas.

AURA Adelante, querido vizconde. Pero ¿qué es eso? Con botas y espuelas... ¿qué significa?

RAUL Que voy a marchar, señorita.

LUISA ¡A marchar!

RAUL Sí, querida Luisa: voy a Inglaterra.

LUISA ¿Y qué vais a hacer allí?

RAUL Voy de parte de su majestad.

LUISA Y AURA ¡El rey! (Luisa casi desfallece.)

LUISA ¡Ah!

RAUL ¿Qué tenéis, Luisa? (Corriendo a sostenerla.)

LUISA No es nada.

RAUL ¡Tenéis helada la mano! Supongo, querida Luisa, que ese frío no llegará al coragón, ¿no es verdad?

LUISA ¡ Oh ! bien sabéis, Raul, que mi corazón nunca está frío para un amigo como vos.

RAUL ¡ Gracias, Luisa ! ¡ Si molesto, señorita !

AURA ¡ Nada de eso, señor vizconde ! Podéis hablar lo que gustéis ; yo soy sorda cuando conviene.

LUISA ¿ Y os vais por mucho tiempo, Raul ?

RAUL No sé ; puede que mi ausencia no dure quince días, y, sin embargo, me sucede una cosa extraña. Muchas veces me he separado de vos para exponerme a empresas arriesgadas, y entonces marchaba alegre, con el corazón tranquilo y el alma embriagada en un porvenir de dichas y esperanzas, aun cuando iba a desafiar las balas enemigas. Ahora voy sin peligro y sin temor alguno a buscar por el camino más fácil del mundo una hermosa recompensa del favor del rey, y, sin embargo, Luisa, no sé en qué consiste, pero toda esa dicha, todo mi porvenir huye ante mis ojos como un vano sueño, y siento aquí, en lo más vivo del corazón, un gran pesar, un profundo abatimiento, una cosa parecida a la inerte postración de un cadáver. Y bien sé por qué, Luisa ; porque hoy os amo más que nunca.

LUISA ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !

RAUL No lloréis, Luisa, pues mi corazón...

AURA Enjugad vuestras lágrimas, que viene Athenaida.

LUISA ¡ Ah !

ATHE. Señor vizconde, la princesa os espera para entregaros la carta para el rey Carlos segundo.

RAUL Voy... Luisa, adiós.

LUISA Adiós, Raul.

RAUL Señoritas...

AURA Buen viaje, vizconde.

RAUL Gracias. (Vase.)

ATHE. ¿ Aun no le habéis desengañado, señorita

de la Vallière? Nos llamasteis a nosotras coquetas, pero vos...
LUISA ¿Queréis que desgarre su alma?
ATHE. Es preferible a mentirle un amor que no sentís.
LUISA Yo no miento nunca.
ATHE. Pues a ese pobre vizconde...
LUISA Nunca le he dicho que le amaba.
ATHE. Pues entonces... ¡Cielos! ¡El rey!
LUISA Y AURA ¡El rey!
LUIS (A Athenaida y Aura.) Salid. (Vanse las dos.)

ESCENA IV

LUISA y LUIS.

LUIS ¿Deseabais una audiencia, señorita? Estoy dispuesto a oiros... Hablad.
LUISA Señor, perdonadme.
LUIS ¿Y de qué queréis que os perdone, señorita?
LUISA Señor, he cometido una gran falta, y, más que falta, un gran crimen.
LUIS ¿Vos?
LUISA Señor, he ofendido a vuestra majestad.
LUIS No lo creo yo así.
LUISA Señor, os suplico que depongáis esa terrible gravedad que revela la justa cólera del rey. Conozcò, señor, que os he ofendido, pero necesito explicaros cómo esa ofensa ha sido sin mi voluntad.
LUIS Pues no veo en qué me podáis haber ofendido, señorita. ¿Lo decís por aquella chanza, bajo la encina real, chanza en si bien inocente? Os habéis reído de un joven crédulo, y es cosa muy natural: cualquiera otra mujer hubiera hecho otro tanto.
LUISA ¡Oh! Vuestra majestad me abrumba con esas palabras.
LUIS ¿Y por qué?
LUISA Porque si la chanza hubiese procedido de mi no sería inocente.

- LUIS Pero, señorita, ¿es eso todo cuanto tenáis que decirme al pedirme la audiencia? (Dando un paso para retirarse.)
- LUISA ¡Ah! ; no, no os vayáis, señor! Una sola palabra.
- LUIS Decid.
- LUISA ¿Vuestra majestad lo oyó todo?
- LUIS ¿El qué?
- LUISA Todo lo que dijeron mis labios bajo la encina real.
- LUIS No perdí una sola palabra, señorita.
- LUISA ¿Y cuándo vuestra majestad me oyó, pudo figurarse, ni por un solo momento, que hubiese abusado de su credulidad?
- LUIS Sí, credulidad ; habéis acertado con la expresión.
- LUISA ¿Y no recelaba vuestra majestad que una pobre muchacha como yo puede verse obligada a veces a pasar por la voluntad de otra persona?
- LUIS Perdonad, pero jamás podré creer que la persona que parecía manifestar tan libremente su voluntad debajo de la encina real, se deje subyugar hasta ese punto por la voluntad de otro.
- LUISA ¡Oh! ; pero y la amenaza, señor!
- LUIS ¿La amenaza? ¿Y quién os amenazaba? ¿quién osaba amenazaros?
- LUISA Los que tienen derecho para hacerlo, señor.
- LUIS A nadie en mi reino reconozco el derecho de amenazar.
- LUISA Perdonad, señor : al lado mismo de vuestra majestad hay personas bastante encumbradas para tener, o creerse al menos, con derecho para perder a una joven; sin porvenir, sin fortuna y que no cuenta más que con su reputación.
- LUIS ¿Y cómo la han de perder?
- LUISA Destruyendo su reputación con una expulsión vergonzosa.
- LUIS (Con profunda amargura.) ¡Oh! señorita, gus-

to en extremo de las personas que se disculpan sin acusar a los demás.

LUISA

¡ Señor !...

LUIS

Sí, y siento mucho, lo confieso, ver que una justificación fácil, como podría ser la vuestra, venga a complicarse en mi presencia con un tejido de censuras y de imputaciones...

LUISA

¿ A qué no dais crédito? (Viendo que el rey calla.) ¡ Oh, señor ! ¡ decidlo, decidlo de una vez !

LUIS

¡ Siento confesároslo ! (Con frialdad.)

LUISA

(Juntando las manos.) ¡ Ah ! ¡ Con que no me creéis ! ¡ Con que suponéis que yo, yo... he urdido ese ridículo e infame complot para burlarme imprudentemente de vuestra majestad !

LUIS

No veo que eso sea ridículo ni infame ; ni aun me atrevería a llamarlo complot : lo único que me parece es una chanza más o menos divertida.

LUISA

(Desesperada.) ¡ Oh ! ¡ El rey no me cree, no quiere creerme !

LUIS

En efecto, no os quiero creer.

LUISA

¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !

LUIS

¿ Pues hay cosa más natural? El rey me sigue, me escucha, me acecha ; el rey intenta quizá divertirse a mi costa ; pues divertámonos a la suya : y como es hombre de corazón hirámosle en él.

LUISA

¡ Ah ! señor. (Desencajada, delirante.) ¡ Señor ! ni una palabra más, ¡ por Dios ! ¿ No veis que me estáis asesinando?

LUIS

¿ Chanzas todavía?

LUISA

(Cayendo a sus pies.) ¡ Ah ! ¡ no ! ¡ no ! ¡ Señor, oidme ! ¡ Oh ! sí, sí, prefiero la vergüenza a la traición.

LUIS

¿ Qué hacéis?

LUISA

Señor, cuando os haya sacrificado mi honor y mi corazón, quizá creais entonces en mi lealtad. Señor, la historia contada

por la princesa fué una invención ; lo que dije yo debajo de la encina real...

LUIS

¿Qué?

LUISA

Eso solo es la verdad.

LUIS

¡Qué decís!

LUISA

Señor, aun cuando deba morir de vergüenza en este sitio en que han echado raíces mis rodillas, os lo repetiré hasta que la voz me falte ; dije que os amaba y... ; señor, sí, os amo !

LUIS

¿Vos?

LUISA

Sí ; os amo, señor, desde el primer día en que os vi, desde que en Blois, en donde pasaba lánguida mi vida, posasteis sobre mí vuestra real mirada luminosa y vivificadora : os amo, señor ! Sé que es un crimen de lesa majestad el que una pobre joven como yo ame a su rey y se lo diga. Castigadme por mi audacia, despreciadme por mi imprudencia ; pero nunca digáis, no imaginéis nunca que me he burlado de vos, ni que os he hecho traición. Soy de sangre fiel al trono, señor, y amo... amo a mi rey... sobre todas las cosas. Ahora, que ya sabéis la verdad, castigadme, señor ; aquí me tenéis de rodillas a vuestras plantas.

LUIS

¡Castigaros ! ¡ Al contrario ! Levantaos, Luisa ; levantaos. ¡ Os creo ! ¡ Os creo !

LUISA

¡ Oh ! Gracias, gracias, señor ; y ahora que ya estoy justificada a los ojos de vuestra majestad permitidme, señor, que me retire a un convento. Allí bendeciré a mi rey mientras yo respire y allí moriré amando a Dios que me ha concedido este día de felicidad.

LUIS

No, no ; aquí viviréis, por el contrario, bendiciendo a Dios, pero amando al rey que os creará toda una vida de felicidad a su lado. Sí, Luisa mía, sí. (Besándole las manos con pasión.

LUISA

(Retirando suavemente su mano.) ¡ Ah ! ¡ Señor,

señor, no me hagais arrepentir de haber sido tan leal, porque eso me probaría que vuestra majestad me desprecia aun.

LUISA

No, no temáis, señorita. (Retrocediendo lleno de noble respeto.) Nada en mi corte, os lo juro, será tan estimado y respetado como lo seréis vos en adelante: os pido, pues, perdón por mi arrebató, hijo en verdad de un exceso de amor. Señorita, ¿queréis hacerme el honor de aceptar el beso que imprimo en vuestra mano? (Luisa se la alargó.) Gracias, señorita. En adelante estaréis bajo mi protección. No habléis a nadie del mal que os he ocasionado, y perdonad a los otros el mal que os hayan podido hacer. En lo sucesivo os veréis colocada en un puesto tan superior al de ellos, que lejos de inspiraros temor, ni aun siquiera os causarán lástima. Adios, señorita, o mas bien, hasta otra vez: hacedme el favor de tenerme presente en vuestras oraciones.

LUISA

¡Oh, señor! No lo dudéis, pues estáis con Dios en mi corazón. (Váse el rey.)

ESCENA V

LUISA y AURA.

LUISA

¡Ahora que ya estoy justificada a sus ojos huiré a un convento! ¡Imposible permanecer en palacio! Todo el mundo creería...

AURA

¡Luisa, Luisa!

LUISA

¿Qué hay? ¿Qué ocurre, amiga mía?

AURA

Que la princesa sabe que el rey ha venido aquí, y está furiosa. Athenaida ha llevado el soplo, y las dos se dirigen a esta estancia.

LUISA

¡Oh, Dios mío! ¿Qué hacer? ¡La muerte, Señor, la muerte, antes que el escándalo y la deshonra!

AURA. Tranquilizáos, calma y procurad ganar tiempo mientras yo busco a Malicorne para que entere al rey.

LUISA. No, no quiero, Aura.

AURA. ¿Cómo que no? El rey debe saberlo todo, para esto es el rey.

ESCENA VI

LUISA y ENRIQUETA.

LUISA. (Cayendo a los pies del Crucifijo.) ¡Dios mío, Dios mío, no me abandonéis! Dadme fuerzas hasta el último momento.

ENRIQUE. ¡Muy bien, señorita! Cosa buena es postrarse de rodillas, orar y aparentar sentimientos religiosos; mas por muy sumisa que seáis con el Rey del cielo, conviene también que prestéis alguna obediencia a los príncipes de la tierra.

LUISA. ¡Señora! Yo...

ENRIQUE. ¡Callad! Cuando yo hablo debéis inclinar la frente al suelo. ¡Todavía os atrevéis a levantar la cabeza cuando sois la vergüenza de la corte! Ayer el duque de Lorena y el vizconde de Bragelone se batiéron por vos, despreciando los edictos reales, y no satisfecha aun, tuvisteis la osadía de proclamar en alta voz que amabais al rey, a quien acabais de recibir aquí, en vuestra estancia. Esto ya es el colmo de la imprudencia; y por el honor de mi nombre y de mi casa os despido de mi servidumbre. Salid, pues no quiero que deshonreis más esta estancia con vuestra presencia.

LUISA. ¡Señora!...

ENRIQUE. Salid, digo, sino queréis que mande arrojaros. ¡Salid! (Luisa vase como comprende la actriz.)

ESCENA VII

ENRIQUETA y LUIS.

- LUIS Un momento.
- ENRIQUE. ¡Ah! ¡Vos aquí, señor! (Athenaida se retira.)
- LUIS Entrad ahí, señorita. (A la Vallière.) Salud. (A Athenaida y demás damas.) Señora, necesito hablaros.
- ENRIQUE. Pero aquí...
- LUIS Sí, es mejor.
- ENRIQUE. Hable pues, vuestra majestad.
- LUIS Hermana mía ¿por qué habéis despedido a la señorita de la Vallière?
- ENRIQUE. (Con sequedad.) Porque me disgustaba su servicio.
- LUIS (Haciendo esfuerzo por contenerse.) Preciso es, hermana mía, que una mujer tan buena como vos haya tenido un motivo poderosísimo para expulsar y deshonar, no solo a esa señorita, sino a toda su familia. Despedir a una dama de honor es atribuirle un crimen, o por lo menos una falta. ¿Cuál es, pues, el crimen o la falta de la señorita de la Vallière?
- ENRIQUE. Puesto que os constituís en protector de la señorita de la Vallière, voy a daros explicaciones que me creo con derecho de no dar a nadie. (Con frialdad.)
- LUIS (Sin poderse contener.) ¡Ni aun al rey!
- ENRIQUE. Me habéis llamado hermana vuestra, y estoy en las habitaciones de mi casa.
- LUIS No importa; debéis saber, señora, que nadie puede decir en mi reino que tenga derecho para no explicarse en mi presencia.
- ENRIQUE. Puesto que lo tomáis de esa manera, solo me resta inclinarme ante vuestra majestad y sellar mis labios.
- LUIS Poco a poco: distingamos.

ENRIQUE. La protección que vuestra majestad dispensa a la señorita de la Vallière me impone el respeto.

LUIS Distingamos os he dicho: bien sabéis que siendó yo el jefe de la nobleza de Francia, debo dar cuenta a todos del honor de las familias. Supongamos que despedís a la señorita de la Vallière o a otra cualquiera... (Al ver que Enriqueta se encoge de hombros.) O a otra cualquiera, lo repito, y como al proceder de tal modo deshonrais a esa persona, deseo una explicación a fin de confirmar o combatir esta sentencia.

ENRIQUE. (Con altivez.) ¡Combatir mi sentencia! ¡Pues qué! ¿cuando despido de mi casa a cualquiera de mi servidumbre, me obligaríais a volverlo a admitir? Eso no sería ya un abuso de poder, sino faltar a los miramientos debidos.

LUIS ¡Acabemos, señora! Os he preguntado en qué ha podido agraviaros la señorita de la Vallière.

ENRIQUE. Esta señorita es la persona más intrigante que conozco, pues ha hecho batirse a dos amigos, y ha dado que hablar en términos tan vergonzosos, que toda la corte-frunce el ceño con solo oír su nombre.

LUIS ¡Ella!

ENRIQUE. Sí, ella. Bajo esa máscara tan dulce como hipócrita, oculta un alma llena de astucia y doblez.

LUIS ¡Imposible!

ENRIQUE. Podéis tener formado un juicio equivocado, señor; pero yo la conozco muy bien, y sé que es capaz de sembrar la guerra entre los mejores parientes y los más íntimos amigos. Ya véis la discordia que ha sembrado entre nosotros.

LUIS ¿Discordia?

ENRIQUE. Sí; nosotros vivíamos en dulce paz, y esa joven, con sus intrigas y sus quejas,

- ha indispuerto a vuestra majestad contra mí.
- LUIS Os juro, señora, que no ha salido de sus labios una palabra dura, y que no tenéis amiga más leal ni más respetuosa.
- ENRIQUE. ¡Amiga! Yo amiga de esa...
- LUIS Cuidado, señora, que olvidáis haberme comprendido, y que desde ese momento cesa toda esa desigualdad. La señorita de la Vallière será todo lo que yo quiera que sea, y mañana, si me acomoda, podrá sentarse sobre un trono.
- ENRIQUE. Por lo menos no habrá nacido en él, y cuanto podáis hacer será para lo venidero, pero nunca haréis cambiar lo pasado.
- LUIS Señora, os he tratado con la mayor urbanidad y cortesía; no me hagáis recordar que soy el soberano.
- ENRIQUE. Señor, ya me lo habéis dicho dos veces, y he tenido el honor de manifestaros que ante semejante declaración no me queda más que doblar mi serviz.
- LUIS ¿Me concedéis entonces que la señorita de la Vallière vuelva a vuestra casa?
- ENRIQUE. ¿Para qué, señor, cuando tenéis un trono que ofrecerle? Soy yo muy poca cosa para proteger a una potencia como esa.
- LUIS Basta ya de indicaciones malignas y desdenosas. Concededme su perdón.
- ENRIQUE. ¡Nunca! No puedo, porque me ha ofendido.
- LUIS ¡Pero y yo! ¡y yo!
- ENRIQUE. Señor, todo lo haré en el mundo por vos, excepto eso.
- LUIS Es decir que me aconsejáis la desesperación, arrastrándome a este último recurso de las personas débiles. ¡Me aconsejáis la cólera y el escándalo!
- ENRIQUE. Señor, os aconsejo la razón.
- LUIS ¡La razón!... ¡Hermana mía, me abandona ya la razón!
- ENRIQUE. ¡Señor!

- LUIS ¡ Hermana mía, por piedad ! ; esta es la primera vez que suplico ! ; Por favor !
- ENRIQUE. ¡ Oh ! ; señor ! ; lloráis !
- LUIS ¡ Sí ! ; De rabia ! ; de humillación ! Haberme visto precisado a suplicar yo, ; el rey ! Toda mi vida detestaré este momento. Hermana mía, me habéis hecho sufrir en un instante más tormentos de los que había previsto en las más duras extremidades de esta vida.
- ENRIQUE. Mandad, señor ; y puesto que preferís mi humillación a la vuestra, no obstante de ser la mía pública, cuando la vuestra sólo me tiene a mí por testigo, mandad y obedeceré al rey.
- LUIS ¡ No, Enriqueta, no ! Al hermano.
- ENRIQUE. No tengo ya hermano, puesto que me veo precisada a obedecer al rey.
- LUIS ¿ Queréis en agradecimiento todo mi reino ?
- ENRIQUE. ¡ Ah ! ; Cómo amáis, cuando amáis !
- LUIS De modo que admitiréis a esa señorita, la trataréis con bondad, ¿ no es verdad, Enriqueta ?
- ENRIQUE. La trataré como a una querida vuestra.
- LUIS ¡ Oh ! ; Esto es demasiado ! Basta ya de humillación. Yo os juro que la trataréis como se merece por su nobleza de corazón, más grande que la vuestra, señora. ¡ Salid, señorita de la Vallière ! ; Enjugad esos ojos y no los bajéis al suelo ! Levantad esa frente más digna de mostrarse erguida que muchas que ostentan en sus sienes diademas de perlas y diamantes. Saludadla, señora.
- ENRIQUE. ¡ Nunca ! La desprecio.
- LUISA Y yo os perdono.
- ENRIQUE. ¡ Ah !
- LUIS Ya veis si es más noble que vos, señora.

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

CUADRO PRIMERO

Sala corta ; en palacio : puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUETA y ATHENAIDA.

ENRIQUE. ¿ Con que esta es la habitación que la reina madre ha destinado para su dama de honor, la señorita de la Vallière?

ATHE. Sí, señora.

ENRIQUE. ¿ Y es aquí donde, según decís, el rey vendrá secretamente sin que se entere Ana de Austria y la corte? Pues yo no veo la trampa por donde el rey pueda entrar.

ATHE. Acaso esté en la alcoba...

ENRIQUE. Veamos. (Se entran por la puerta izquierda. Dentro.) Nada tampoco. (Saliendo.) Tal vez os ha engañado quien os lo ha dicho.

ATHE. No, señora ; he oído perfectamente la conversación del señor Malicorne con la señorita de Montalais, que creían estar solos. El la decía : «ayer, durante la ceremonia que hubo en palacio, y mientras la señorita de la Vallière estaba de guardia en la cámara de la reina madre, hemos abierto en el cuarto de Luisa una trampa, por la que penetrará el rey en su habitación, sin que nadie se entere.

- ENRIQUE. ¡ Ah ! Si es cierto no gozarán mucho tiempo de esos idilios amorosos. Yo interpondré entre los dos una sombra que amargará su dicha. El vizconde de Bragelone.
- ATHE. ¿ Pero olvidáis, señora, que está en Inglaterra ?
- ENRIQUE. Llegará de un momento a otro ; le estoy esperando hoy mismo, pues hace días escribí a mi hermano el rey Carlos segundo, que era precisa la presencia del vizconde en Francia.
- ATHE. Entonces...
- ENRIQUE. El será el brazo vengador de mis ofensas.
- ATHE. Señora, escuchad.
- ENRIQUE. ¿ Qué ?
- ATHE. Aquí, a mis pies...
- ENRIQUE. ¡ Ah ! sí... suben...
- ATHE. ¡ El rey quizás !...
- ENRIQUE. ¡ Ah ! ¡ ya comprendo !... como el piso es de madera, este almohadón oculta la trampa...
- ATHE. Abren, señora...
- ENRIQUE. Venid. ¡ Oh ! yo me vengaré. (Vanse derecha.)

ESCENA II

MALICORNE, LUIS, luego LUISA, y después RAUL y ENRIQUETA

- MALICO. (Por la trapa.) Podéis subir, señor ; no hay nadie.
- LUIS. ¿ Es esta la habitación de la señorita de la Vallière ?
- MALICO. La misma, señor. Antes de hacer abrir este boquete tomé convenientemente mis medidas.
- LUIS. Sois ingenioso, señor de Malicorne, y yo me encargo de vuestra fortuna.
- MALICO. ¡ Oh ! ¡ señor ! sois el rey más grande, más poderoso y magnánimo de la tierra.
- LUIS. Id, y mucha prudencia.
- MALICO. Señor, soy ciego, sordo y mudo de nacimiento. (Desaparece por la trapa.)

LUIS ; Ah ! ; Estoy en el santuario de la más noble y virtuosa de las mujeres ! ; Luisa mía ! ; cuán grande va a ser tu sorpresa al encontrarme aquí ! Alguien viene... ¿ será ella ? ; Ah ! sí, sí... el corazón me lo anuncia con sus violentos latidos.

LUISA (Que entra pensativa, al ver al rey se asusta.) ; Ah ! ; Un hombre !

LUIS Tranquilizaos, Luisa, soy yo.

LUISA ; Vos aquí, señor ! Si os han visto entrar...

LUIS No temáis ; nadie me ha visto. Para poderos ver con más frecuencia, sin que se enteren las reinas y los palaciegos, he hecho construir una escalera secreta para llegar hasta vos a cualquier hora del día. Así no me olvidaréis un solo instante. (Haciéndola sentar en el sillón, y él sentándose a sus pies.)

LUISA ; Oh ! ; señor ! ya estéis presente o ausente, vuestra imagen no se aparta jamás de mi corazón. (Sonriendo amorosamente.)

LUIS ; Ah ! Luisa, vuestras palabras me hacen completamente feliz.

LUISA (Sonriendo tristemente.) ; Pero habéis reflexionado, señor, que vuestra ingeniosa invención de esa escalera secreta no puede sernos de ninguna utilidad !

LUIS ¿ Cómo que no, Luisa ?

LUISA Señor, mi cuarto no se halla al abrigo de miradas extrañas. La reina puede venir por casualidad, y a cada paso entran aquí mis compañeras... Cerrar la puerta por dentro, es denunciarme tan claramente como si escribiese encima: « No entréis, que está aquí el rey. » Y aun ahora mismo es muy fácil que se abra la puerta y sorprendan a vuestra majestad a mi lado. ; Oh ! ; Sólo al pensarlo me estremezco !

LUIS ¿ Por qué ?

LUISA Porque si se enterara vuestra madre, me arrojaría de su lado como me arrojó la princesa, vuestra hermana.

- LUIS Es decir...
- LUISA Que es preciso... que vuestra majestad suprima la escalera y visitas, porque el mal de que nos sorprendan, sería mayor que la dicha de vernos aquí.
- LUIS Creo, Luisa, que con la protección del rey todo se puede.
- LUISA ¿Con la protección del rey? (Mirándole amorosamente.)
- LUIS Supongo que creeréis en mi palabra, ¿verdad?
- LUISA Creo en ella cuando estáis lejos de mí; pero cuando os tengo a mi presencia, cuando me habláis, cuando os veo, no creo en nada. Señor, concededme lo que os he pedido mil veces; dejadme ir a un convento.
- LUIS ¡Ah! ¡nunca! ¡nunca! ¿Separaros de mí? Primero se hundiría todo.
- LUISA ¿Tanto me amáis, señor?
- LUIS ¡Con locura! ¡con delirio! ¡Cómo no amaros si sois la mujer más buena y virtuosa de la tierra! Os amo hasta el extremo de entregaros gustoso mi vida; si de ella dependiese vuestra dicha.
- LUISA ¡Oh! Entonces nada más me queda que desear en la tierra. Vuestra mano, señor, y despedámonos; ya he disfrutado en esta vida de toda la felicidad que me había tocado en suerte.
- LUIS ¡Oh! no, di más bien que tu vida principia; tu felicidad no es ayer, es hoy, mañana, siempre. ¡Tuyo es el porvenir y todo lo que sea mío! Tú vivirás para mí, como viviré yo para ti: lo juro, Luisa, aquí rendido a tus pies.
- ENRIQUE. (A Raul.) ¡Ahí la tenéis! (Sin salir.)
- RAUL ¡Ah! ¡Miserable!
- LUISA ¡Raul! ¡ah! ¡Qué vergüenza! (Cubriéndose la cara con las manos y desapareciendo por la puerta izquierda.)
- RAUL ¡¡El rey!! ¡¡El rey!! ¡Maldito de mí!

(Raul, al ver un hombre a los pies de Luisa, se lanza sobre él, pero al ver que es el rey retrocede horrorizado, desapareciendo por donde ha salido.)

LUIS

¡ Ah ! ¡ Princesa ! ¡ nos veremos ! (Siguiendo a Luisa.)

CUADRO SEGUNDO

Salón de palacio.

ESCENA PRIMERA

ARTAGNAN y PORTHOS.

ARTAGNAN Pues sí, amigo Porthos, pronto tendrás el honor de ser presentado al rey.

PORTHOS ¿Pero no se enfadarán Aramis y el caballero Fouquet?

ARTAGNAN ¿Por qué?

PORTHOS Porque me encargaron sobremanera que no saliese de la quinta en cuyo jardín me has encontrado cuando volvías de la Bastilla, pues me prometieron ir por mí para presentarme al rey.

ARTAGNAN Pues te engañaron, porque yo sé que hoy el caballero Fouquet ha de hacer la presentación de Aramis como a ingeniero de las fortificaciones de Belle-Isle.

PORTHOS ¡ El ! ¿Pues a mí de qué me presentarían entonces?

ARTAGNAN Tal vez de simple constructor.

PORTHOS ¿De constructor?... Es decir, ¿de albañil?

ARTAGNAN Justo, de albañil.

PORTHOS ¿Del que amasa cal?

ARTAGNAN Precisamente,

- PORTHOS ¿De peón?
- ARTAGNAN Cabal.
- PORTHOS ¡ Vaya ! ¡ vaya ! ¡ con mi amigo Aramis !
¡ Sin duda se cree todavía de veinticinco años !
- ARTAGNAN ¡ Y no es eso todo, sino que a ti te cree de sesenta ! (A ver si le hago hablar.)
- PORTHOS Pues hubiera querido verle cómo se componía con la faena que estaba a mi cargo. Un hombre que tiene gota.
- ARTAGNAN Y tanta.
- PORTHOS Y que padece de mal de piedra.
- ARTAGNAN ¿De mal de piedra?
- PORTHOS Y que además le faltan tres dientes.
- ARTAGNAN Cuatro.
- PORTHOS Al paso que yo, mira! (Enseñando los dientes.)
- ARTAGNAN ¡ Magníficos ! Al rey le gusta mucho una hermosa dentadura. Si te ve esos dientes de seguro que te convida a comer.
- PORTHOS Se los enseñaré. Y en cuanto a Aramis, si me ha engañado, de un puñetazo...
- ARTAGNAN No te enfades, que ya he dicho que yo te presentaré al rey. Pero aun no me has explicado, amigo Porthos, qué son esas dos cicatrices de la frente.
- PORTHOS Verás. Cuando Aramis me hizo andar de un tirón cincuenta leguas a caballo, para entregar un pliego al caballero Fouquet, éste me instaló en su palacio, porque, como tú supondrás, llegué molido y reventado. Dormí veinticuatro horas seguidas, pero lo bueno fué que al día siguiente, al ir a ponerme las botas, me encontré con que tenía los pies hinchados.
- ARTAGNAN Y no pudiste calzarte.
- PORTHOS Como soy tan tozudo, me dije : ¿Cómo es esto? Puesto que mis pies han entrado diez veces en mis botas, no hay razón para que no entren once ; me senté en frente un tabique y empecé a meterme la bota derecha, tirando con las manos, empujando con el tacón y haciendo esfuer-

zos extraordinarios, cuando de repente se quedaron entre mis manos los tirantes de la bota y se disparó mi pié como una catapulta, y dando contra el tabique lo echó abajo. Amigo, créi que, cual otro Sansón había derribado el templo. Era cosa de ver los cuadros, los jarrones, los floreros, las barras de cortinaje y otros chirimbolos que vinieron al suelo.

ARTAGNAN ¿De veras?

PORTHOS Sin contar con que a la otra parte del tabique había un armario lleno de porcelana, que lancé al extremo opuesto de la pieza inmediata.

ARTAGNAN ¡En verdad que es cosa inaudita!

PORTHOS Rompí por valor de más de tres mil francos de porcelana.

ARTAGNAN ¡Demonio!

PORTHOS ¡Y destrocé más de cuatro mil francos en espejos! ¡Sin contar una araña que se desplomó sobre mi cabeza y se hizo mil pedazos!

ARTAGNAN ¿Sobre la cabeza?

PORTHOS En mitad de ella.

ARTAGNAN ¡Te la rompería!

PORTHOS Al contrario, la araña fué la que se rompió; era de cristal, y mi cabeza es más dura que el cristal.

ARTAGNAN Eso sí que es verdad.

PORTHOS Solo saqué unos cuantos rasguños y nada más.

ARTAGNAN ¿El caballero Fouquet debería disgustarse?

PORTHOS Al contrario, se echó a reir. Entonces hizo trasladarme a la quinta en que me has encontrado.

ARTAGNAN ¿Y cómo ha sido que Aramis y tú os pusierais a las órdenes del caballero Fouquet?... ¿Qué plan llevaba éste para fortificar a Belle-Isle?

PORTHOS No sé; Aramis no más me dijo que me

necesitaba para un gran proyecto, que si salía bien el rey me haría duque.

ARTAGNAN ¡ Ah, ya ! (Algo trama Aramis. ¡ Pero es un zorro astuto que nunca dice lo que piensa !)

PORTHOS ¡ Cuerno !

ARTAGNAN ¿ Qué tienes ?

PORTHOS Mira : Aramis y el caballero Fouquet se dirigen aquí. Van a reñirme por haber abandonado la quinta.

ARTAGNAN No temas ; yo te disculparé. Salud, amigo Aramis.

ESCENA II

Dichos, ARAMIS y FOUQUET ; luego, MALICORNE y LUIS.

ARAMIS ¡ Artagnan ! (Abrazándose.)

ARTAGNAN ¡ Y nuestro amigo Porthos !

ARAMIS ¡ Cómo !... ¿ tú aquí ?... Sin decirme...

ARTAGNAN ¡ No le riñas ! ¡ Soy yo quien le ha traído !

ARAMIS ¿ Tú ? ¿ Y cómo sabías ?...

ARTAGNAN Porque por asuntos del servicio tuve que llegarme a la Bastilla, y hablando con el gobernador, me dijo que tú y Porthos estabais en casa del caballero Fouquet, a quien tengo el gusto de saludar.

FOUQUET Gracias, caballero Artagnan.

ARTAGNAN Y como había hablado de nuestro amigo al rey, le he hecho venir para presentarle a su majestad.

ARAMIS ¡ Ah !

MALICO. El rey, señores.

LUIS Hola, caballero Fouquet ; ¿ venís a cumplirme la promesa de presentarme al caballero de Herblay, obispo de Vannes ?

FOUQUET Para quien pido a vuestra majestad uno de los capelos vacantes ; así podrá servir a su rey en Roma con el celo que él acostumbra hacerlo.

LUIS Lo meditemos, caballero Fouquet.
¡Ah! que está aquí mi capitán de mosqueteros.

ARTAGNAN Hace rato, señor; y si me lo permitís tendré el honor de presentar a vuestra majestad al señor barón Duvallon, uno de los nobles más valientes de Francia.
¿No es verdad, caballero de Herblay?

LUIS ¡Ah! ¿Estos caballeros son buenos amigos?

ARTAGNAN Excelentes, señor, y el uno responde del otro. Preguntad al señor obispo que tal ha sido fortificada Belle-Isle.

FOUQUET Belle-Isle ha sido fortificada por este caballero. (Señalando a Porthos.)

ARTAGNAN Sí, pero preguntad al señor barón quién le ha auxiliado en sus trabajos.

PORTHOS Aramis.

ARAMIS (¡Cuál será la intención de Artagnan!)

LUIS ¡Cómo! ¿el señor cardenal... quiero decir, el señor obispo... se llama Aramis?

ARTAGNAN Nombre de guerra.

ARAMIS Nombre de amistad, señor.

ARTAGNAN Nada de modestia: bajo ese traje de eclesiástico, señor, se oculta uno de los más valientes mosqueteros del rey, vuestro padre, señor.

LUIS Y además el que ha fortificado a Belle-Isle, ¿no es así?

ARAMIS Para servir al hijo, como serví al padre.

ARTAGNAN (¡Um! ¡Eres turco y no te creó!)

MALICO. Señor, el conde de la Fere solicita una audiencia.

LUIS ¡Ah!

ARTAGNAN }
ARAMIS } ¡Athos!
PORTHOS }

LUIS Que pase. Señores, el rey os saluda. (Todos saludan y vanse.)

PORTHOS Dí, Artagnan, ¿le enseñó los dientes?

ARTAGNAN No; después.

LUIS ¿Qué me querrá?

ESCENA III

LUIS y ATHOS.

LUIS (Tendiéndole la mano.) Señor conde de la Fere, vendéis tan cara vuestra presencia en mi casa, que tengo a gran dicha el veros.

ATHOS Señor, quisiera poder estar siempre al lado de vuestra majestad.

LUIS Parece que es algo interesante lo que tenéis que decirme.

ATHOS A no ser así no me habría permitido presentarme a vuestra majestad.

LUIS Explicaos, pues, que deseo con ansia complaceros. (Sentándose.) Os escucho.

ATHOS Vuestra majestad recordará que no hace mucho tiempo me hizo el honor de concederme una audiencia como hoy.

LUIS Sí, me acuerdo.

ATHOS Aquel día vine a pedir a vuestra majestad el permiso para el matrimonio del vizconde de Bragelone con la señorita de la Vallière.

LUIS Me acuerdo también.

ATHOS Vuestra majestad me lo negó, alegando que la novia no tenía posición en la sociedad... que poseía pocos bienes de fortuna... no muy buena cuna... y escasa belleza.

LUIS Todo eso dije, ¿y qué?

ATHOS Que dí las más sinceras gracias a vuestra majestad porque tales palabras manifestaban un interés que hacía mucho honor al vizconde de Bragelone.

LUIS Ya que tenéis tan buena memoria, señor conde de la Fere, también recordaréis que manifestasteis gran repugnancia hacia ese matrimonio, y que hicisteis la petición contrariando vuestro gusto.

ATHOS Cierto, señor.

LUIS Finalmente, recuerdo también, porque tengo una memoria casi tan buena como la vuestra, que pronunciasteis estas palabras : «No creo en el amor de la señorita de la Vallière al vizconde de Bragelone.»
¿Es cierto?

ATHOS Lo es, señor ; pero vuestra majestad dijo al insistir yo de nuevo que difería el matrimonio por el bien mismo del vizconde de Bragelone, y como el vizconde es muy desgraciado, se ve en el caso de no poder diferir por más tiempo el pedir una solución a vuestra majestad.

LUIS Y... ¿qué desea el vizconde de Bragelone?

ATHOS Lo mismo que vine a pedir al rey en mi anterior audiencia : el consentimiento de vuestra majestad para su matrimonio, que es el único remedio para su mal.
(Luis se muerde los labios y se estruja las manos.)
¿Vacila vuestra majestad? (Sin perder su firmeza ni su cortesía.)

LUIS No vacilo... Rehusó lo que me pedís.

ATHOS (Después de una pausa.) Tengo la honra de hacer presente a vuestra majestad que ningun obstáculo hará cambiar los sentimientos del vizconde de Bragelone, y que su determinación parece irrevocable.

LUIS Hay de por medio mi voluntad, y creo que eso sea un obstáculo.

ATHOS Es el más grave de todos, señor.

LUIS ¡ Ah !

ATHOS Ahora, séame lícito preguntar humildemente a vuestra majestad la razón de esa negativa.

LUIS (Con altivez.) ¿La razón?... ¡ Una pregunta !

ATHOS Una súplica, señor.

LUIS (Procurando dominarse.) Sin duda habréis olvidado los usos de la corte, señor conde. En la corte no se dirigen preguntas al rey.

ATHOS Es verdad, señor ; pero si no se dirigen preguntas, se hacen suposiciones.

LUIS ¿Suposiciones? ¿Qué queréis decir con eso?

ATHOS Casi siempre, señor, la suposición del súbdito implica falta de flaqueza del rey...

LUIS ¡Caballero !

ATHOS (Con firmeza.) Y falta de confianza en el súbdito.

LUIS (No pudiendo dominar su cólera y levantándose.) Señor conde, os he consagrado ya todo el tiempo de que podía disponer.

ATHOS Señor, no he tenido tiempo para decir a vuestra majestad todo lo que tenía que manifestarle, y veo con tan poca frecuencia al rey, que necesito aprovechar la ocasión.

LUIS ¿Para ofenderme?

ATHOS ¡Oh, señor ! ¡ Ofender al rey !... ¡ yo !... Jamás. Siempre he sostenido que los reyes están sobre los demás hombres, no solo por su posición y su poder, sino por la nobleza de corazón y la superioridad del alma. Nunca me harán creer que mi rey, cuando me ha dicho una palabra, disfrace bajo esa palabra una segunda intención.

LUIS ¿Qué queréis decir? ¿De qué segunda intención habláis?

ATHOS (Con frialdad.) Me explicaré, señor. Si al rehusar la mano de la señorita de la Vallière al vizconde de Bragelone, llevase vuestra majestad otro objeto que la felicidad y el bien del vizconde...

LUIS ¡Qué decís !

ATHOS Si al imponer una dilación al vizconde hubiese querido vuestra majestad solamente alejar al novio de la señorita de la Vallière...

LUIS ¡ Señor conde !...

ATHOS Es que eso he oído en todas partes, señor. Todos hablan del amor de vuestra

- LUIS majestad hacia la señorita de la Vallière.
¡ Ah ! (Rompiendo el pañuelo.) ¡ Ay de aquellos que se mezclen en mis asuntos ! ¡ Y basta ya ! Es cierto, sí, amo a la señorita de la Vallière.
- ATHOS Pero eso no puede impedir a vuestra majestad el casar al vizconde de Bragelone con la señorita de la Vallière. El sacrificio es digno de un rey y merecido por el vizconde, que ha prestado ya servicios y es un noble y digno caballero. Así, pues, el rey, renunciando a su amor, dará una prueba a la vez de generosidad, de gratitud y de buena política.
- LUIS La señorita de la Vallière no amó al vizconde de Bragelone.
- ATHOS ¿ Lo sabe vuestra majestad ?
- LUIS Lo sé.
- ATHOS Será de poco tiempo a esta parte, porque si vuestra majestad lo hubiese sabido cuando vine a solicitar el permiso la primera vez, me habría hecho el honor de decírmelo.
- LUIS Poco hace.
- ATHOS Entonces no comprendo que el rey haya enviado al vizconde de Bragelone a Londres. Semejante destierro no puede menos de sorprender a los que son celosos del honor de su rey.
- LUIS ¿ Quién habla del honor del rey, señor conde ?
- ATHOS El honor del rey, señor, se compone del honor de toda la nobleza, y cuando el rey ofende a uno de sus nobles, o lo que es lo mismo, cuando le roba una parte de su honor, es al mismo rey a quien se roba esa parte de honor.
- LUIS ¡ Oh ! ¡ Basta ! ¡ Salid !
- ATHOS ¡ Aun no, señor ! Todo os lo diré y no saldré de aquí sino después de quedar satisfecho, bien por vos o bien por mi mismo. Satisfecho, si me demostrais que

la razón está en favor vuestro ; satisfecho, si os demuestro que no habéis procedido debidamente. Soy viejo y estoy muy apegado a todo lo que hay de verdaderamente grande y fuerte en vuestro reino. Soy noble y he vertido mi sangre por vuestro padre y por vos, sin haber pedido jamás cosa alguna ni a vos ni a vuestro padre. A nadie he hecho mal en este mundo, y me he hecho acreedor a la gratitud de reyes. ¡ Vos me escucharéis ! Vengo a pedir os cuenta del honor de uno de vuestros servidores, a quien habéis engañado con una mentira o vendido por una debilidad. Sé que estas palabras enojan a vuestra majestad, pero los hechos nos matan a nosotros. Sé que estais buscando el castigo que habéis de dar a mi franqueza ; pero yo también sé el castigo que he de pedir a Dios que os imponga cuando le cuente vuestro perjurio y la desgracia de mi hijo. (Pausa. El rey está como el león que busca hacer presa : con la mano en el pecho, clavándose las uñas y echando llamas por los ojos.)

LUIS (Deteniéndose repentinamente.) ¡ Caballero, habéis olvidado que hablais al rey, y eso es un crimen.

ATHOS ¡ Y vos habéis olvidado que desgarrabais la vida de dos hombres, y eso es indigno de un rey !

LUIS ¡ Oh ! ¡ Salid ! ¡ Salid !

ATHOS Sí, saldré, pero será después de haberos dicho : « Hijo de Luis XIII, mal comienzo daiis a vuestro reinado, porque lo inauguráis con el rapto y la deslealtad. Mi descendencia y yo nos consideramos libres hacia vos de todos los afectos y todo el respeto que hice jurar a mi hijo en las bóvedas de San Dionisio ante los restos de vuestros nobles antepasados. Os habéis hecho enemigo nuestro, señor, y des-

de hoy perdéis dos servidores, por haber muerto la fe en el corazón del padre y el amor en el corazón del hijo. El uno no cree ya en la palabra real, ni el otro en la lealtad de los hombres, ni en la pureza de las mujeres. El uno ha muerto para el respeto, el otro para la obediencia.» Nada más tengo que deciros. (Vase.)

LUIS ¡ Ah! me has ofendido, pero ¡ ay de ti! ¡ Caballero Artagnan!

ESCENA IV

LUIS y ARTAGNAN; luego, COLBERT.

ARTAGNAN Señor.

LUIS Acaba de salir de aquí el conde de la Fere, que es un insolente.

ARTAGNAN ¡ Un insolente! (Como protestando.)

LUIS (Apretando los dientes.) Capitán Artagnan, ¡ vais a oirme y a obedecerme!

ARTAGNAN Ese es mi deber, señor.

LUIS He querido evitar a ese caballero, del cual conservo gratos recuerdos, la afrenta de hacerle prender en mi misma casa; pero iréis a buscar inmediatamente un carruaje.

ARTAGNAN ¿ Un carruaje? ¿ Para qué?

LUIS Caballero Artagnan, si os repugna prenderlo vos mismo, enviadme mi capitán de guardias.

ARTAGNAN Señor, no se necesita ningun capitán de guardias estando yo de servicio.

LUIS No quisiera violentaros, pues el conde es amigo vuestro.

ARTAGNAN Bien podría ser mi padre, señor, que no por eso dejaría de estar de servicio.

LUIS ¿ De modo que prenderéis al conde de la Fere?

ARTAGNAN Sin duda alguna, si me dais orden para ello.

- LUIS Pues bien, os la doy.
ARTAGNAN ¿Dónde está el conde, señor?
LUIS Buscadle.
ARTAGNAN ¿Y le he de prender en cualquier parte
 donde le encuentre?
LUIS Sí. Haced, sin embargo, de modo que
 sea en su casa, y si volviese a sus haciendas,
 salid de París y prendedle en el camino.
ARTAGNAN Está bien.
LUIS Pues id. ¿Qué esperais?
ARTAGNAN La orden por escrito.
LUIS ¡Ah! Seguidme.
COLBERT Señor.
LUIS Aguardad, caballero Colbert; pronto
 vuelvo. (Vanse al despacho.)

ESCENA V

COLBERT; luego, LUIS y ARTAGNAN.

- COLBERT ¡Ah! Por fin acabarán tus dilapidaciones,
 caballero Fouquet. Con esta carta del cardenal
 Mazarino que he comprado a la vieja duquesa de
 Chevreuse, no dudará el rey en destituirte y
 encarcelarte. Aquí está.
LUIS ¿Me habéis entendido. (A Artagnan.)
ARTAGNAN (Que sale con un papel en la mano.) Cumpliré
 mi deber, señor. (Vase.)
LUIS ¿Qué hay, caballero Colbert?
COLBERT Señor, ya he descubierto de donde salió el
 dinero que el caballero Fouquet gastó en las
 fiestas de Fontainebleau.
LUIS ¡Vaya una noticia me traéis, caballero
 Colbert! ¿De dónde tenía que salir, más que
 de las arcas del superintendente? Fouquet es
 rico, sumamente rico... esto lo sabe todo el
 mundo.
COLBERT Todo el mundo, señor; así los vivos como
 los muertos. Leed. (Entregándole una carta.)

- LUIS ; Letra del cardenal Mazarino !
- COLBERT Vuestra majestad tiene buena memoria, y es una cualidad admirable para un rey destinado al trabajo el reconocer así los caracteres escritos a primera vista. (Mientras el rey lee.)
- LUIS (Después de leer.) No comprendo bien...
- COLBERT Vuestra majestad no está aun muy acostumbrado a las cuentas de la intendencia. Enteraos de eso, señor. (Entregándole una cuenta y cogiendo lá carta, que le entrega el rey.)
- LUIS Veo que se trata de una cantidad entregada al caballero Fouquet.
- COLBERT Trece millones, señor.
- LUIS Y según esta carta del cardenal aun no los ha devuelto. ¿Qué inferís de esto, caballero Colbert?
- COLBERT Infero, señor, que toda vez que el caballero Fouquet no ha devuelto los trece millones, los tiene todavía en caja, y con trece millones se pueden dar muchas fiestas como las que da el caballero Fouquet, pagadas con el dinero de su majestad.
- LUIS ¡ Ah, no será, vive Dios ! ¡ Ya estoy har-to de bajezas e infamias que deshonorarían mi trono ante el mundo entero ! Caerán todos los que han abusado indignamente del favor que se les concedía. Caballero Colbert, extended al punto la destitución del caballero Fouquet, y que se le juzgue sin pérdida de tiempo.
- COLBERT Está bien, señor. (Vase al despacho.)

ESCENA VI

LUIS y ENRIQUETA.

- LUIS ; Ah ! No jugarán esos cortesanos tan impunemente como hasta aquí con el favor real. ¡ Ah ! ¡ La princesa ! ¿ Dónde vais, señora ?
- ENRIQUE. Señor, voy a la cámara de su majestad la reina madre.

LUIS Esperad un instante, pues tengo que hablaros.

ENRIQUE. Decid, señor.

LUIS Creo que vuestro real hermano, mi primo Carlos segundo de Inglaterra, se casa.

ENRIQUE. Así me lo han notificado, señor.

LUIS Pues bien, como tengo que mandar un representante que honre a la corte de Francia, en la ceremonia nupcial, he determinado que éste sea mi hermano, a quien vos acompañaréis para dar más realce al acto.

ENRIQUE. ¿Es decir, señor, que me desterraréis?

LUIS Nada de eso, señora; aprovecho la ocasión para complaceros en lo que tantas veces me habíais pedido de ir a Inglaterra.

ENRIQUE. Está bien, señor, se cumplirán los deseos de vuestra majestad y de su consejera.

LUIS ¡Señora!

ENRIQUE. ¡A los reales pies de vuestra majestad.
(Vase.)

LUIS ¡Ah! Todavía echas hiel por esa boca, pero será la última vez que salpiques con ella la pureza de esta joven.

ESCENA VII

LUIS y ARTAGNAN.

ARTAGNAN Señor.

LUIS ¡Ah! Caballero Artagnan, ¿qué hay? ¿Está eso hecho?

ARTAGNAN (Con gravedad.) Sí, señor; hecho está.

LUIS ¿Supongo que el señor conde de la Fere no habrá prolongado su papel de rebelde?

ARTAGNAN Antes que todo, señor, ¿a qué llamáis rebelde? ¿Es rebelde a los ojos del rey un hombre que no sólo se deja sepultar en la Bastilla, sino que se resiste a los que intentan no conducirlo a ella?

LUIS ¿Qué intentan no conducirlo? ¿Qué es eso, capitán? ¿Estáis loco?

- ARTAGNAN Me parece que no, señor.
- LUIS ¿Y quiénes son esas personas?
- ARTAGNAN Las que comisionó vuestra majestad.
- LUIS ¡Es que el comisionado fuisteis vos!
- ARTAGNAN Sí, señor, yo fui.
- LUIS Y decís que a pesar de mi orden teníais intención de no prender a ese hombre que me había insultado?
- ARTAGNAN Sí, señor; y hasta le he ofrecido mi caballo para que huyese.
- LUIS ¿Con que es decir, caballero, que me hacíais traición? (Sin poder contenerse.)
- ARTAGNAN Sí, señor.
- LUIS ¡Y venís a decírmelo a mí!
- ARTAGNAN ¿Pues a quién tengo que decirlo? ¿Al Papa?
- LUIS Caballero Artagnan, eso es desafiar a vuestro rey.
- ARTAGNAN Señor...
- LUIS Caballero Artagnan, os advierto que estáis abusando de mi cariño y de mi paciencia.
- ARTAGNAN Al contrario, señor.
- LUIS ¿Cómo al contrario?
- ARTAGNAN Porque he venido a hacerme prender también.
- LUIS ¡A haceros prender! ¡vos!
- ARTAGNAN Sí, por cierto. Mi amigo va a aburrirse en la Bastilla y vengo a proponer a vuestra majestad que me permita hacerle compañía. Pronuncie vuestra majestad una palabra y me prendo a mí mismo: yo os aseguro que no habrá necesidad de llamar al capitán de guardia para esto.
- LUIS ¡Pues bien, sea! pero será para siempre, caballero.
- ARTAGNAN Cuento con ello, porque después que hayáis hecho tan linda hazaña, no podríais mirarme cara a cara.
- LUIS ¡¡Ah!! ¡Marchaos!
- ARTAGNAN Aún no.
- LUIS ¡Cómo que no!

ARTAGNAN Señor, venía deseoso de hablar con dulzura al rey ; el rey se ha irritado y es una desgracia, pero no por eso dejaré de decir lo que tenía pensado.

LUIS ¡ Idos ! ¡ Idos ! ¡ porque sino !...

ARTAGNAN ¿ Me mandaréis prender ? A qué no lo hacéis.

LUIS ¡ Esto más ! ¡ Ira de Dios ! ¿ Quién es aquí el rey, vos o yo ?

ARTAGNAN Vos, por desgracia, señor.

LUIS ¿ Cómo por desgracia ?

ARTAGNAN Sí, señor, porque a ser yo el rey...

LUIS Aprobaríais la rebelión del caballero Artagnan, ¿ no es cierto ?

ARTAGNAN ¡ Ya lo creo !

LUIS ¡ Ah !

ARTAGNAN Y diría a mi capitán de mosqueteros, mirándole con ojos humanos y no con carbones encendidos ; caballero Artagnan, me he olvidado de que soy rey, y he descendido de mi trono para ultrajar a un caballero.

LUIS ¡ Oh ! ¿ Creéis que sea disculpar a vuestro amigo el superarle en insolencia ?

ARTAGNAN ¡ Oh ! señor ; todavía iré más lejos que él, y vuestra será la culpa. Os diré lo que él no os ha dicho, porque él es la delicadeza misma ; os diré : señor, habéis sacrificado a su hijo y él defendía a su hijo ; le habéis sacrificado a él mismo, y cuando se dirigía a vos en nombre del honor, de la religión y de la virtud, le habéis rechazado, expulsado y encarcelado. Yo seré más duro que él todavía y os diré : señor ; ¡ elegid ! ¿ queréis amigos o criados ? ¿ soldados o dominguillos danzantes ? ¿ grandes hombres o polichinelas ? ¿ queréis que os sirvan o queréis que os mimen ? ¿ queréis que os amen o que os tengan miedo ? Si preferís la bajeza, la intriga, la cobardía, hablad, señor, y nos retiraremos nosotros, que somos los únicos restos del valor de

otra época y quedaos con vuestros cortesanos que os miman y os adulan y harán de vos un mal rey, despreciable y aborrecido, y a los malos reyes se les detesta, y a los despreciables se los expulsa. Esto era todo lo que tenía que deciros, señor; ahora, enviadme a la Bastilla con mi amigo el conde de la Fere.

LUIS. ¡Oh, sí, pero antes la dimisión, la dimisión!

ARTAGNAN Y también mi espada. Aquí está. (Quitándosela y poniéndola encima la mesa. El rey encolerizado la coge y la tira al suelo.)

LUIS ¡Oh! ¡apartad!

ARTAGNAN ¡¡¡Ah!!! (Al ver que le tira la espada al suelo. Compréndase la situación.) (Cogiéndola.) ¡Señor! Un rey puede privar de su gracia a un soldado, desterrarle, condenarle a muerte; pero aun cuando sea cien veces rey, jamás, jamás tiene el derecho de infamarle deshonorando su espada. Señor, ningún rey de Francia rechazó la espada de un hombre como yo. Esta espada infamada no puede tener ya en lo sucesivo otra vaina que mi corazón o el vuestro. Elijo el mío, señor; agradecédsele a Dios y a mi paciencia y caiga mi sangre sobre vuestra cabeza. (Cogiendo la espada para clavársela en el pecho.)

LUIS ¡Ah! ¡no! (Quitándosela por la empuñadura.)
¡Artagnan!

ARTAGNAN ¡Señor!

LUIS ¡Tomad la mía! Yo guardaré esta como mi mayor tesoro.

ARTAGNAN ¡Ah!

LUIS ¡He faltado, lo sé!... ¡estaba loco de furor! y... ¡vuestros brazos, Artagnan!

ARTAGNAN ¡Oh, sí! ¡vuestros son, señor! No ocultéis el rostro, que el confesar sus faltas no debe avergonzar a nadie en el mundo.

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

Sala.

ESCENA PRIMERA

RAUL, luego ATHOS, y después GRIMAUD.

RAUL (Pausa. Contemplando el retrato de Luisa.) ¡ Ah !
¡ Luisa ! ¡ Luisa ! ¿ Qué te hice yo para en-
gañarme tan inicuaamente ? ¡ Para destro-
zar mi corazón, mi dicha, mi vida y mi
esperanza ! ¡ Y yo, insensato, que dudaba
aun cuando la princesa me hacía tan in-
fausta revelación !... ¡ Y aun hoy mismo,
¡ a no haberlo visto !... ¡ El rey !... ¡ el rey
a sus pies... y ella ! ¡ Ah ! ¡ malditos sean
los que así abusan tan indignamente de
su poder para desgarrar el corazón de sus
vasallos.

ATHOS Hijo mío, Dios se encargará de la ven-
ganza.

RAUL ¡ Padre !

ATHOS ¡ Valor, hijo mío ! Piensa que el mundo
es un caminal de abrojos en el cual va-
mos dejando nuestra vida en pedazos.

RAUL Pero cuán largo es el camino cuando se
lleva la muerte en el alma. ¡ Ah, no ! ¡ im-
posible vivir así ! ¡ Padre mío, dejadme ir
a la guerra ! ¡ a Africa !

ATHOS ¿ Quieres abandonarme, Raul, y quizá pa-
ra siempre ?

RAUL Señor, tenía el pensamiento de atravesar-
me el corazón con mi espada ; pero eso os
hubiera parecido una cobardía, y he re-

nunciado a semejante proyecto, pero si me quedo aquí moriré de amor y desesperación. Enviadme pronto, señor, o me veréis espirar cobardemente a vuestra presencia, pues no puedo más, padre mío, no puedo más. (Arrojándose a sus brazos.)

ATHOS ¡Pobre hijo mío!

GRIMAUD Señor, acaban de llegar vuestros amigos Aramis y Porthos.

ATHOS ¡Ah! ¡ellos!

RAUL ¡Que no me vean así...

ATHOS ¡Ve, hijo mío! después hablaremos. (Vase Raul. A Grimaud.)
Conúcelos aquí. (Vase Grimaud.) ¡Pobre Raul, el dolor mina tu corazón y desgarrá el mío! ¡Señor, libradme de ver su muerte! Tomad antes mi vida.

ESCENA II

ATHOS, ARAMIS, PORTHOS, luego GRIMAUD.

ARAMIS ¡Athos! (Echándose a sus brazos.)

ATHOS ¡Aramis! ¡Porthos!

PORTHOS ¡Amigo mío!

ATHOS ¿A qué debo vuestra grata visita?

ARAMIS No venimos para estar mucho rato en tu compañía.

ATHOS ¿Y eso?

PORTHOS El tiempo suficiente para que conozcas mi dicha.

ATHOS ¿Tu dicha?

PORTHOS Sí, amigo mío, sí; el rey me hace duque, pero duque con nombramiento.

ATHOS ¿De veras?

PORTHOS Ya lo creo. ¿No es verdad, Aramis?

ARAMIS Sí. (Tenemos que hablar a solas. Aleja a Porthos.) (Aparte a Athos.)

ATHOS (Está bien.) Amigo Porthos, te doy mi más cordial enhorabuena, y ya que tengo la dicha de verte en mi casa, vas a hacerme el favor de llegarte a las caballerizas para que me digas, tú que eres gran inte-

ligente, si me han engañado con el nuevo caballo que he comprado. Grimaud te acompañará, mientras yo hablo cuatro palabras con Aramis sobre su obispado.

PORTHOS Pues hasta luego; a ver si adivinaré cuanto te ha costado. ¿No sabes Grimaud?
¡Seré duque!

GRIMAUD ¿De qué, señor?

PORTHOS Del puñetazo. (Vase.)

ESCENA III

ATHOS y ARAMIS.

ATHOS Ya estamos solos. ¿Qué ocurre, Aramis?
ARAMIS ¡Amigo mío, aquí me tienes traspasado de dolor!

ATHOS ¡De dolor! ¿Qué quieres decir?

ARAMIS Que he tramado una conspiración contra el rey; la conspiración se ha frustrado, y a estas horas me estarán buscando indudablemente.

ATHOS ¡Una conspiración!... ¡Que te están buscando!...

ARAMIS Sí, amigo mío, sí, estoy perdido.

ATHOS Pero Porthos... ese título de duque... ¿qué quiere decir todo eso?

ARAMIS Pues ahí tienes lo que me causa el mayor dolor. Confiado yo en mi éxito infalible, he arrastrado a Porthos en mi conjuración. El pobre ha tomado parte en ella, como sabes que hace siempre, con todas sus fuerzas, sin enterarse de nada, y hoy se halla tan comprometido como yo.

ATHOS ¡Pobre Porthos! ¿Pero a qué esa conspiración, amigo mío? ¿Qué fin te proponías?

ARAMIS ¡Cambiar por completo la corte de Francia!

ATHOS ¡No comprendo!...

ARAMIS Me explicaré. Pero puede oírnos alguien.

ATHOS No: ¿tan importante es lo que tienes que decirme?

- ARAMIS Es un secreto de Estado.
- ATHOS ¡ Ah !
- ARAMIS ¿ Te acuerdas, amigo mío, del nacimiento de Luis catorce ?
- ATHOS Como si fuese hoy.
- ARAMIS Pues bien, la reina no dió a luz un hijo, sino dos, los dos eran varones.
- ATHOS ¡ Qué dices ! ¿ Y cómo lo sabes tú ?
- ARAMIS Me lo refirió la duquesa de Chevreuse, que entonces era camarista mayor de la reina.
- ATHOS ¡ Ah ! ¡ ya ! Sigue.
- ARAMIS Los dos hijos llegaron a ser mayores, el uno en el trono, y el otro en la obscuridad y en el aislamiento : primero lo mandaron al campo y después lo encerraron en la Bastilla, de donde lo saqué yo para colocarle en el trono.
- ATHOS ¡ Qué dices ! ¿ Pero y Luis catorce ? ...
- ARAMIS Lo encerré en el calabozo que ocupaba antes su hermano.
- ATHOS ¡ Gran Dios ! ¿ Pero cómo es posible que la corte no descubriese ? ...
- ARAMIS Porque los dos hermanos son de una semejanza tal, que ni su misma madre podría distinguirlos.
- ATHOS ¿ Pero cómo pudiste apoderarte ... ?
- ARAMIS ¿ De Luis catorce ? Pues muy fácilmente, porque la corte estaba en Vaux-le Vicomte, en el palacio del caballero Fouquet, y en el dormitorio del rey había una puerta secreta, por la que penetramos Porthos y yo para apoderarnos de Luis catorce y poner en su lugar a su hermano Felipe. Todo salió perfectamente, pero al referírsele al día siguiente al caballero Fouquet, no consintió en ello y lo descubrió todo.
- ATHOS E hizo perfectamente, Aramis, y tú dispensa que te diga que cometiste una gran falta, por no decir un crimen.
- ARAMIS Sí, ya sé, un crimen de lesa majestad ; pe-

ro, a no ser por Fouquet, el éxito era seguro.

ATHOS El obró como debía.

ARAMIS Sí, pero lo siento por Porthos, que inocentemente...

ATHOS ¡Pobre amigo mío! ¿Y qué piensas hacer?

ARAMIS Llegarme a Belle-Isle, que es un sitio inexpugnable, pues lo he fortificado yo mismo con ese intento, y desde allí, si es preciso, pasaré a Inglaterra o a España; pero para esto necesito dos buenos caballos.

ATHOS Dispón de los míos, amigo mío; y sobre todo te recomiendo a Porthos.

ARAMIS Lo que sea de mí será también de nuestro amigo, pues no me separaré de él un solo instante.

ATHOS Pues vamos a las caballerizas y allí escogerás los caballos que te convengan.

ARAMIS Gracias, amigo mío. (Vanse.)

ESCENA IV

RAUL, luego ARTAGNAN.

RAUL ¡Se va con su amigo! ¡Oh! ¡La impaciencia me devora! ¡Estoy decidido, sí! ¡Mañana, antes que luzca la aurora!... ¡Padre! ¡padre mío!... ¡perdona si te dejo! ¡pero esta pasión es más fuerte que mi voluntad! ¡Escribámosla por última vez! Que ella sepa... (Escribe.) ¡Cuando esta carta llegue a sus manos, ya habré cesado de sufrir! Ahora...

ARTAGNAN (Dentro.) ¡Cómo es eso! ¿No hay nadie por aquí?

RAUL ¡Esa voz!

ARTAGNAN (Saliendo.) ¡Ah! ¡por fin! ¡Amigo Raul!

RAUL ¡Caballero Artagnan! ¿Vos aquí?

ARTAGNAN Por ti venía, muchacho.

RAUL ¿Por mí?

ARTAGNAN Como sé que estás desesperado y la melancolía te consume, vengo a proponerte una distracción, que de seguro curará todos tus males.

RAUL ¿Cuál es?

ARTAGNAN ¡Que te vengas conmigo a campaña! Allí, oyendo silbar las balas, se olvida todo.

RAUL Menos lo que está agarrado al corazón.

ARTAGNAN ¡Diantre! ¿Tan hondo te ha herido esa señorita de la Vallière?

RAUL Sólo Dios y yo lo sabemos.

ARTAGNAN Y ella ama al rey, no hay que dudarle; pero a ti, a pesar de que te abandona, te ama quizá más que al rey, pero de otra manera y si continuases viviendo a su lado, llegarías a ser su mejor amigo.

RAUL ¡Ah, nunca!

ARTAGNAN ¿Que no? Vente conmigo a París, y estoy seguro que viéndola continuamente con los ojos de enamorado celoso...

RAUL ¿Qué?

ARTAGNAN Acaso cesarías de amarla.

RAUL Pues bien, me habéis decidido, caballero Artagnan...

ARTAGNAN ¿A ir a París para volverla a ver?

RAUL No, sino a partir para la guerra para no volverla a ver jamás. Quiero amarla siempre. Si vos la veis algún día, entregadla esta carta: acabo de escribirla ahora mismo. Podéis leerla.

ARTAGNAN (Leyendo.) Señorita: «Por tener el grato pretexto de deciros que os amo aun, cometo la cobardía de escribiros, y en castigo de esa cobardía, me mato.»

RAUL Se la entregaréis, ¿no es verdad?

ARTAGNAN (Mirándole fijamente.) ¿Cuándo?

RAUL El día en que escribáis la fecha debajo de esas palabras. ¿Me lo prometéis?

ARTAGNAN ¡Lo juro! ¡Adiós, Raul! ¡Voy a ver a tu padre! ¡Piensa en él!

RAUL ¡Ay! ¡Harto pienso, Artagnan!

ARTAGNAN ¡Adiós! ¡Oh mundo! ¡mundo! ¡mundo!

ESCENA V

RAUL, luego MALICORNE, y después LUISA.

RAUL ¡ Ama al rey !... ¡ Le ama con idolatría !...
¡ con ceguedad !... ¡ No es capricho !... ¡ no
es ambición... orgullo !... ¡ Pues a mí, en-
tonces... a mí !... ¡ Y yo necio que creía !...
¡ Ah ! ¡ Bien castigado estoy ! ¿ Quién ?

MALICO. ¡ Nadie ! ¡ Soy yo, señor vizconde !

RAUL ¿ Vos en Blois, amigo Malicorne ?

MALICO. Como tenía que venir por un asunto de
interés, una señora me ha pedido si que-
ría acompañarla, y como a mí me gusta
servir en todo a las jóvenes amables y
bonitas, vengo a molestaros para deciros
que ahí está esperando vuestro permiso
para veros y hablaros.

RAUL ¿ Quién ?

MALICO. Me han mandado no decirlo.

RAUL ¡ Ah ! ¡ Es Aura ! ¡ Que pase ! ¡ que pase !

MALICO. Está bien. (Vase.)

RAUL ¡ Ah ! ¡ la mandará ella ! ¡ Quizá ! ¡ Calla,
corazón, calla ! ¡ que tus latidos me aho-
gan ! ¡ Ah ! ¡ Aquí está ! ¡ Gran Dios !
¡ Luisa ! (Al ver que se descubre.)

LUISA Sí, Luisa.

RAUL ¡ Vos, señorita ! ¡ Vos aquí !

LUISA Sí, Raul ; tenía que hablaros... tenía que
veros... a solas... y no he retrocedido ante
un paso que debe permanecer secreto, por-
que nadie, excepto vos, vizconde, acerta-
ría a comprenderlo.

RAUL En efecto, señorita, y aun yo mismo, a
pesar del buen concepto que tenéis for-
mado de mí, confieso...

LUISA Pues bien, escuchadme.

RAUL Hablad.

LUISA Raul, no apartéis de mí vuestra mirada
tan noble y tan franca : no sois de esos
hombres que desprecian a una mujer por-

que haya entregado su corazón, por más que ese amor deba hacer su desgracia o lastimarle en su orgullo.

RAUL

Señora, yo...

LUISA

¡Ah! ¡no digáis, por Dios, que habéis sentido contra mí otra cosa que cólera! Raul, para despreciarme aguardad a que lo haya dicho todo, aguardad hasta el fin. Sea.

RAUL

LUISA

¡Y ante todo, con las manos juntas y la frente inclinada, os pido perdón como al más generoso, al más noble de los hombres! Si os he dejado ignorar lo que pasaba dentro de mí, jamás hubiera consentido en engañaros, Raul.

RAUL

¡Admiro vuestra sutileza, señorita! Dejar ignorar que uno se engaña es proceder lealmente, pero engañar? Creo que eso estaría mal hecho y vos no lo haríais.

(Con cierta ironía amarga.)

LUISA

Caballero, durante largo tiempo he estado creyendo que os amaba sobre todas las cosas, pero pasó el rey por Blois y aquel día salí de mi error.

RAUL

Pues bien, señorita, llegado ese día, y viendo que yo os amaba siempre, la lealtad exigía que me dijeseis que no me amabais ya.

LUISA

No me atreví: temblé a la sola idea del dolor que iba a causaros: y esto es tan cierto, Raul, que en este momento en que os estoy hablando con el corazón oprimido, convencida de que no tengo más defensa que mi franqueza, no siento otro dolor que el que leo en vuestros ojos.

RAUL

¡Dolor!...

LUISA

No, no me haréis la injuria de fingir conmigo. Vos me amabais y estabais seguro de amarme, mientras que yo...

RAUL

Mientras que vos me hacíais creer en vuestro amor y amabais a otro.

LUISA

¡Ay! sí, amo a otro, y ese otro... ¡Oh,

Raul ! ; dejadme hablar, porque esa es mi única disculpa !... Sí, a ese otro, le amo más que a mi existencia, más que al mismo Dios ! Perdón Dios mío, y vos Raul, perdonad mi falta o castigad mi traición. He venido aquí no para defenderme, sino para deciros : ¿ sabéis lo que es amar ? ; Pues yo amo ! ; y amo hasta el extremo de dar mi vida, de dar mi alma a la persona amada ! y si algún día llega a olvidarme, moriré de dolor. Y ahora que lo sabéis todo, Raul, matadme, sí, matadme, si es que creéis que esta desdichada merezca la muerte.

RAUL ; Mataros ! No, señorita, no ; si la culpa es mía, sí, mía, pues mejor instruído que vos en las dificultades de la vida, a mí me correspondía desengañaros. Debí no fiar en lo incierto ; debí hacer hablar a vuestro corazón, y apenas he hecho hablar a vuestros labios. Yo soy quien debe pedir os perdón, señorita.

LUISA ; No, no, Raul ; vos os burláis de mí ! No es posible ser bueno, perfecto hasta ese punto.

RAUL ; Mirad lo que decís ! ; porque, según veo, quizá vayáis a decir que no os amaba !

LUISA ; Oh ! sí, como un tierno hermano ; dejadme abrigar esa esperanza, Raul.

RAUL ; Cómo un tierno hermano ! ; No, no, Luisa, no ! ; yo os amaba y os amo como un amante, como un esposo, con locura, hasta el punto de dar por vos toda mi sangre gota a gota, toda mi carne pedazo por pedazo, toda mi eternidad hora por hora ! ; Os amaba tanto, que no veo ya nada ni en la tierra ni en el cielo !

LUISA ; Ah ! ; Raul !... ; Raul !... ; por piedad !

RAUL ; Piedad !... ; Eso pido yo también, Luisa, piedad ! ; pues no puedo vivir sin tu amor ! ; Eres mía ! ; mía ! ; y aquí en mis

amantes brazos !... ¡ Ah ! ; no, no ! ; Yo no soy el rey de Francia para robar !
LUISA ¡ Raul !
RAUL ¡ Idos ! ; Idos ! ; Que no os vea más !
LUISA ¡ Perdonadme, Raul, perdonadme !
RAUL ¿ Pues no he hecho más aún ? ; No os he dicho que os amaba siempre !
LUISA ¡ Ah !
RAUL ¡ Idos ! ; Idos !
LUISA ¡ Sí, sí... adiós Raul... adiós ! ; hasta la eternidad !... (Vase llorando amargamente.)
RAUL (Después de una pausa levanta la cabeza que tenía oculta entre sus manos.) ¡ Se ha ido !... ¡ Ya no la veré más !... ¡ Todo ha terminado !... ¡ Para qué, pues, vivir ! ; No... no... imposible ! ; Acabemos de una vez ! (Cogiendo la pistola y apuntándose.)

ESCENA VI

RAUL, ATHOS y ARTAGNAN.

ATHOS (Cogiéndole el brazo.) ¡ Ah ! ; no, hijo mío ! ; ¿ Qué haces ? Esta es la muerte de los cobardes. La guerra te espera.
RAUL ¡ Ah ! ; sí, allí !... ; a luchar ! ; a morir !
ARTAGNAN Por el rey.
RAUL ¡ No ; por el rey, no ! ; Por la patria. ; Por la patria.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SEPTIMO

CUADRO PRIMERO

Sala corta con ventanales en el foro, por los que se ve el cielo y la campiña.

ESCENA PRIMERA

ATHOS, GRIMAUD y luego el DOCTOR.

ATHOS (Que sale acompañado de Grimaud y arrastrando los pies.) ¡ Gracias, mi buen Grimaud ! ¡ Aquí estoy mejor que en la cama, pues en ella me asaltan unos sueños horrorosos ! ¡ Aquí veo el cielo, el sol, el campo ! ¡ Cuando veré a mi hijo ! ¡ A mi Raul !... ¡ Ay ! ¡ Ya nunca más !... ¡ nunca más !... ¡ Me muero, mi buen Grimaud ! ¡ me muero !

GRIMAUD No digáis eso, señor.

ATHOS Mira, aquí tienes al doctor, pregúntaselo y sabrás la verdad.

DOCTOR ¡ Le diré que sois incorregible, señor conde ! ¡ Cómo es eso de abandonar la cama ! No veis que casi no podéis teneros en pie.

(Vase Grimaud.)

ATHOS Sí, esta debilidad...

DOCTOR No es sólo debilidad, sino fiebre, consunción, en fin, acabamiento, señor conde. Yo os tenía por buen cristiano...

ATHOS Y lo soy.

DOCTOR Pues no lo demostráis, porque los cristianos abominan el suicidio, y vos os estáis suicidando. No queréis curaros.

ATHOS ¡Curarme! Primeramente es necesario buscar el mal, doctor, y yo nunca me he sentido tan bueno, nunca me ha parecido el cielo tan hermoso, ni las flores tan bellas. Por esto he querido salir aquí a contemplarlas.

DOCTOR Pero tenéis un pesar secreto.

ATHOS ¿Secreto?... No, la partida de mi hijo es todo mi mal y no lo oculto.

DOCTOR Señor conde, vuestro hijo vive, es robusto y tiene todo el porvenir de las personas de su mérito y de su raza : vivid para él.

ATHOS Pero, si yo vivo, doctor : ¡Oh! tranquilizaos : en tanto que Raul viva viviré yo.

DOCTOR ¿Qué estáis diciendo?

ATHOS Una cosa muy sencilla. En este momento dejo suspendida en mi la vida. Sería empresa superior a mis fuerzas hacer una vida activa, indiferente a todo cuando no tengo a mi lado a Raul. Supongo que no exigiréis que una lámpara arda cuando no se le ha aplicado la llama, de consiguiente no me pidáis que viva en el ruido y la claridad. Yo vegeto, me dispongo y aguardo. Porque... doctor, recordad esos soldados que hemos visto juntos tantas veces en el puerto, en donde esperaban que los embarcasen : recostados con indolencia y con un pie en un elemento y otro en el otro, ni se hallaban en el punto a donde el mar iba a conducirlos, ni en el sitio en donde la tierra iba a perderlos, sino que con los bñgages preparados, el ánimo atento y las miradas fijas aguardaban. Pues bien, esta palabra es la que pinta mi vida de hoy. Recostado como aquellos soldados y con el oído atento a los rumores que llegan hasta mí, quiero estar dispuesto a

marchar a la primera llamada. ¿Quién me hará esa llamada? ¿La vida o la muerte? ¿Dios o Raul? Tengo preparado mi bagaje, mi ánimo dispuesto y espero la señal. Aguardando estoy, doctor.

DOCTOR Pues lo queréis, sea, señor conde. La ciencia nada puede contra esa dolencia.

ATHOS ¿Volveréis?

DOCTOR Vendrá el amigo, el médico es inútil.

ATHOS Gracias, doctor. (Vase el doctor.)

ESCENA II

ATHOS, GRIMAUD y luego ARTAGNAN.

GRIMAUD Señor, acaban de traer esta carta.

ATHOS ¿De Africa? (Con gran ansiedad.)

GRIMAUD No, señor; viene de España

ATHOS ¡De España! ¿Con que no ha habido carta de mi hijo?

GRIMAUD No, señor.

ATHOS ¿Ni de Artagnan?

GRIMAUD Tampoco.

ATHOS ¡Es extraño! (Abatido y abismado.)

GRIMAUD (Después de una breve pausa, mirando la carta.) ¡Señor!

ATHOS ¿Qué? ¿Qué quieres, amigo mío?

GRIMAUD Que esta carta sea tal vez urgente... Me parece que es letra de su amigo el señor de Herblay.

ATHOS ¡De Aramis! ¡Trae! ¡trae! (Después de leer.) ¡Cielos! ¡Expatriado en España! ¡Porthos muerto en Belle-Isle! ¡Muerto! ¡El primero de los cuatro! ¡Descansa en paz!... Pronto nos veremos, amigo mío. ¡Mi sueño!... ¡Mi sueño se cumple!... ¡Mas quién llega!...

GRIMAUD El caballero Artagnan.

ATHOS ¡¡Artagnan!! (Sale éste.) ¡Artagnan!... ¡tú aquí!... ¡¡Ah!! ¡Raul ha muerto! ¿no es verdad?

ARTAGNAN Sí.

ATHOS ¡¡ Ah!! ¡ Yo le he visto, sí!... ¡ cercado de moros!... ¡ su cadáver abandonado!...

ARTAGNAN ¡ Abandonado no, amigo mío! Murió como un valiente, luchando solo contra cien enemigos, pues su caballo desbocado se introdujo entre sus filas, pero nosotros volamos en su auxilio y si llegamos tarde para salvar su vida, llegamos a tiempo para rescatar su cadáver del poder de los infieles.

ATHOS ¡ Muerto! ¡ Muerto! ¡ Espérame, hijo mío! ¡ pronto vendré a verte en el cielo!

ARTAGNAN Aun puedes verle en la tierra, amigo mío.

ATHOS ¿ En dónde?

ARTAGNAN Aquí mismo, pues ha llegado conmigo.

ATHOS ¡ Ah! ¡ Artagnan! ¡ Gracias! ¡ gracias! ¡ Vamos! ¡ vamos!

ARTAGNAN ¡ Si no puedes sostenerte, amigo mío!

ATHOS Aun tengo fuerzas para cumplir mis últimos deberes. Dios me sostendrá hasta el postrer momento. Vamos... Ven... ven... que mi hijo espera, Artagnan. (Van-se.) ¡ Vamos, Raul! ¡ Hijo!... ¡ hijo mío!

CUADRO SEGUNDO

Cementerio. En el centro la capilla, con puerta grande, a la que se sube por unas gradas. Una cruz de piedra, grande. Verja, en último término, con puerta en el foro izquierda.

ESCENA PRIMERA

LUISA, -LUIS y nobles, que se quedan en el foro, junto a la verja.

LUIS Ya estás en el cementerio, Luisa, ¿ qué más quieres ahora?

- LUISA Aguardar.
- LUIS ¿Aguardar a qué? ¿Aun no hemos hecho bastante? Por complacerte he dado permiso para traer su cadáver de Africa y para que mis mosqueteros le den guardia de honor hasta al panteón de sus mayores. Además, has querido venir a Blois y te he acompañado hasta aquí ¿Qué esperas ahora?
- LUISA Su entierro, para pedir perdón a su anciano padre, pues sin él no podría vivir.
- LUIS Luisa, ¿a qué atormentarte de ese modo? ¿Tienes tú la culpa de que nuestros corazones se hayan unido con lazos indisolubles? ¿Quién puede resistir a su destino? El nuestro es amarnos.
- LUISA Sí, pero este amor ha causado su muerte y el remordimiento en mi corazón.
- LUIS ¡Yo te haré olvidarlo, vida mía! En fiestas y placeres anegaré tus recuerdos y serás la más feliz de las damas de mi corte. Ven, Luisa, vamos.
- LUISA Después; ¡antes quiero verle!... (Se oyen las campanas que doblan a muerto.) ¡Ya viene!...
- LUIS Pues bien, sea: te espero. Si tardas, volveré por ti. (Vase con los nobles.)

ESCENA II

LUISA, ATHOS, ARTAGNAN, DOCTOR y GRIMAUD. Guardias que sacan la caja mortuoria, y mosqueteros

- LUISA ¡Dios mío, dame fuerzas! ¡que las mías me faltan! (Cae arrodillada al pie de la cruz. Sale la comitiva; al pasar el ataúd por delante de la cruz, Luisa se arroja a los pies de Athos, llorando amargamente.) ¡Raul! ¡Raul!
- ATHOS ¿Quién viene a turbar la paz de los muertos?
- LUISA ¡Perdón, señor, perdón! (Arrojándose a sus pies.)

ATHOS ¡¡ Luisa !! ¡ Sí, yo te perdono en nombre de mi hijo ! Pero reza... reza... para que te perdone Dios.

LUISA ¡ Sí, sí, rezaré siempre !... ¡ siempre ! (Entra la comitiva en la iglesia, menos Artagnan, que cierra la puerta.)

ARTAGNAN Señorita, tomad ; este es el último encargo de un moribundo. (Entregándole la carta que Raul le dió en el actõ anterior.)

LUISA (Después de leer.) ¡ Ah ! ¡ Sí, yo... yo fui quien le maté !

ARTAGNAN ¡ Sí, vos !... ¡ Y aun osáis venir aquí !

LUISA Yo...

ARTAGNAN ¡ Oh ! ¡ señorita ! mejor hubiera querido veros ceñida de flores en la quinta del conde de la Fere. Menos habríais llorado entonces, y ellos y yo...

LUISA Caballero...

ARTAGNAN Porque vos sois, vos sois la que habéis llevado a esos dos hombres al sepulcro, pues el padre pronto seguirá al hijo.

LUISA ¡ Oh ! ¡ por piedad !

ARTAGNAN No quiera Dios, señorita, que yo ofenda a una mujer, o que la haga llorar en vano ; pero debo recordaros que el sitio del asesino no es la tumba de las víctimas.

LUISA ¡ Ah !

ARTAGNAN Y lo que digo a vos se lo diría asimismo al rey, pues ambos a dos sois cómplices de esas muertes.

LUISA Sí, es verdad, pero, por compasión, no me abruméis así con el peso de vuestras reconvenciones ; yo os lo suplico, pues no puedo más. Soy como la rama desprendida del tronco, nada hay que me dé ya apego en el mundo, y una corriente me arrastra no sé a donde. Amo al rey con frenesí ; le amo hasta el punto de decirlo aquí, sobre las cenizas de ese joven, pero os juro delante de Dios que desde hoy mataré este amor en mi pecho y que

iré a llorar mis penas y remordimientos en la soledad de un claustro.

LUIS (Saliendo.) ¡Ah! ¡no, nunca consentiré tal sacrificio!

ARTAGNAN ¡El rey!

LUIS ¡Luisa! ¡Luisa mía!

LUISA ¡Señor, señor, apartaos! ¡Se interpone entre los dos ese cadáver! ¡Dejadme!

LUIS ¡Dejarte! ¡Nunca! ¡Eres mía, mía!

LUISA ¡Callad, señor, callad! ¡No me hagáis sufrir más de lo que sufro! No destruyáis mi único porvenir, que es mi salvación, y el vuestro que es vuestra gloria, por un capricho.

LUIS ¡Capricho! ¡No, no es capricho, Luisa, es un amor inmenso, grande, imperecedero, que arrollará todo cuanto se oponga a mi paso; que te arrancará, si es preciso, hasta de los brazos de Dios!

LUISA ¡Pues bien, arrancadme de ellos si os atrevéis! (Abrazándose a la cruz.)

LUIS ¡Que si me atrevo!...

ARTAGNAN Señor, ¿qué vais a hacer? (Interponiéndose.)

LUIS ¡Apartad! ¡Ira de Dios!

ARTAGNAN ¡Señor! ¡dominaos! ¡no abuséis así de vuestro poder! ¡Un rey debe ser grande, noble, digno y justiciero!

LUIS ¡Ah! ¡Es verdad! ¡Sed feliz, Luisa, y rezad por mí!

ARTAGNAN. Y por el vizconde de Bragelone. (Se oye la campanilla.) ¡Alzan a Dios, señor! (Abriendo la puerta de la iglesia. Deseubriéndose a arrodillándose.)

LUIS ¡Ah! ¡Perdón! ¡Dios mío, perdón!

CUADRO

Se ve al sacerdote alzar a Dios y todos arrodillados. Artagnan en las gradas; Luisa al pie de la cruz y Luis en primer término. Baja el telón pausadamente.

FIN DE LA OBRA





Precio: DOS ptas.